

JACINTO B. TREVIÑO

En 1964 entrevistamos al general de división, Jacinto B. Treviño, en su amplia oficina de Puertos Libres Mexicanos, donde desempeñaba el cargo de vocal ejecutivo. Nos sentamos al extremo de una larga mesa –él a la cabecera y nosotros de cada lado– rodeados de cinco o seis de los miembros de la Junta Directiva de Puertos Libres Mexicanos, todos miembros importantes de su Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), el llamado "partido de los ex generales", quienes se mostraban siempre atentos a cumplir los deseos del general y se acomedían a llevar a cabo cualquier orden suya. Esto hacía difícil olvidar que estábamos ante la presencia de un general.

El aspecto de este personaje era imponente: alto, la cabellera completamente blanca y los ojos azules, vivaces y penetrantes, que no delataban en lo absoluto sus 81 años. Su cordialidad y sentido de humor nos hizo sentir bienvenidos desde el momento en que nos presentamos. Nuestras entrevistas se extendieron a lo largo de un mes.

En la biografía de Treviño que presentamos en la introducción de este volumen, incluimos extensas citas de sus memorias, ya que éstas constituyen el excepcional testimonio político-militar de un testigo presencial de las décadas de 1910 y 1920, quien narra tanto las batallas que hicieron triunfar a las fuerzas "constitucionalistas" de Venustiano Carranza como las rebeliones militares de 1923, 1927 y 1929.

Hubiera sido fácil creer la versión que critica el proceder del general Treviño al fundar el PARM, un partido que no constituía más que una oposición leal del PRI para recibir un subsidio. De esta manera, supuestamente, el partido oficial podía mantener a la oposición fragmentada. Como suele ocurrir al analizar la biografía completa de una figura histórica, la conclusión a que llegamos fue que esta versión, basada en chismes, contradice la actuación política de Treviño, en la que va perfilándose como un líder que persistió en mantener su integridad durante periodos históricos muy difíciles.

Treviño luchó contra lo que consideraba errores del partido oficial desde la década de 1920. Tres décadas después creó el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, con la convicción de que su ex secretario, el presidente Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), se uniría a su esfuerzo por acabar con el poder del partido oficial.

Aunque Ruiz Cortines no cumplió su promesa de efectuar un cambio radical en el gobierno, permitió que Treviño organizara el PARM para criti-

car al PRI, hecho importante en el largo camino hacia la apertura democrática que culminó con las elecciones del año 2000 y la caída del partido oficial.

Hubo quienes cuestionaron el hecho de que Treviño aceptara la gerencia de Puertos Libres Mexicanos, mas él hizo hincapié en demostrar que había convertido este organismo descentralizado en una empresa pública significativa y solvente.

Treviño siempre se opuso a la creación de organismos descentralizados, ya que, exentos de auditoría, operaban al margen del control del gobierno. Pero dado que estaban ya establecidos, por lo menos tuvo la esperanza de mostrar que era capaz de convertir uno de ellos en "modelo" para las demás entidades de este tipo. Contra lo que afirmaban sus críticos, esta decisión suya, de hecho, mostró su flexibilidad para ocuparse de asuntos ajenos a los "intereses militares".

El paradigma del comportamiento de Treviño no adquirió popularidad sino hasta que México "descubrió", durante la crisis de 1982, el grado de ausencia de control en que operaban los organismos descentralizados. De hecho, la integridad de su ideología y su batalla contra el partido oficial no fue debidamente reconocida durante su vida.

JACINTO B. TREVIÑO, UN MILITAR EN LA OPOSICIÓN

De Coahuila a la ciudad de México.—La Revolución y el Plan de Guadalupe.—Los hombres de la Revolución.—Episodios y recuerdos, 1915-1919.—Del gabinete al destierro, 1920-1936.—Retorna a México en la época de Cárdenas.—Sobre Almazán, Ávila Camacho y Alemán.—El sentido de la Revolución y la fundación del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana.—Puertos Libres Mexicanos y el PARM.

De Coahuila a la ciudad de México

4 de junio de 1964

James W. Wilkie (JW):

Aunque usted nos dijo que su niñez fue como la historia de la mujer honrada, quisiéramos que nos cuente sobre ese periodo de su vida. Usted nació en 1883 y tiene ochenta y un años.

Jacinto B. Treviño (JBT):

Los cumpliré, si es que vivo de aquí al 11 de septiembre próximo; cumpliré ochenta y un años, de los cuales cincuenta y cuatro los he vivido, en mi concepto, al servicio de mi país, habiéndome incorporado en mi juventud a la Revolución Mexicana.
JW: Usted nació en Coahuila.
JBT: Nací en la margen derecha del río Bravo. De manera que puedo decir que nací en la vecindad exacta del país de ustedes. Nací en el pueblo de Guerrero, del estado de Coahuila.
JW: Y su padre, ¿qué fue?
JBT: Mi padre fue coronel de Guardias Nacionales, don Francisco Z. Treviño, hombre que sirvió en el ejército contra la intervención de Francia.
JW: Entonces usted viene de una familia de militares.
JBT: Sí, y de liberales además, del Partido Liberal.
JW: ¿Y su madre?
JBT: Mi madre pertenecía a una familia numerosa que tenía propiedades en Texas antes de que esa parte del territorio nacional pasara a poder de los Estados Unidos.
JW: ¿Pasó usted unos años en la Hacienda de Guadalupe?
JBT: Parte de mi niñez la pasé en la Hacienda de Guadalupe. No en el Guadalupe en que firmamos el Plan de Guadalupe, en otro lugar del mismo nombre que está cerca del río Bravo.
JW: ¿Y la Hacienda de Guadalupe?

JBT: La Hacienda de Guadalupe la fundó mi bisabuelo, don José Lázaro Benavides.

JW: ¿Está también cerca de la frontera?

JBT: También está muy cerca, no precisamente en el margen del río, pero un poco al sur. Esa Hacienda la fundó mi bisabuelo, con extensiones enormes de tierra. Todavía a mí me tocó por herencia directa de generación en generación, ceder parte de esas tierras en nombre de toda mi familia a los ejidatarios, por estar dentro de la política agraria de la Revolución.

JW: ¿En qué año cedió usted sus tierras?

JBT: No recuerdo cuándo, pero creo que fue en 1923 o 1924, una cosa así, después de que había pasado la parte activa en la lucha armada de la Revolución.

JW: ¿Y cómo pasó su niñez allá? ¿Tuvo su caballo?

JBT: ¡Ah, pues no conocíamos otra cosa! Como hijo no solamente de militar sino de origen agricultor y ganadero, mis primeros años los viví en ese medio, de familia de agricultores y ganaderos, y teniendo contacto con toda clase de animales útiles, caballos, vacas y reses... (se va la luz).

JW: Bueno: ¡ya vino la luz otra vez! Decía usted que fue bueno que la Revolución no tuviera que esperar a que viniera la luz.

JBT: Me refería a "la luz", en el sentido político. En mi país comenzó con la Revolución, porque antes, en ese aspecto, no había más que oscuridad, privación, privación de libertades, y falta de derechos de carácter cívico, impuestos por la dictadura porfiriana.

JW: Se ha dicho que la vida en el campo en la época porfiriana fue muy dura. Usted vivió en el campo cuando era niño, ¿cómo fue la vida allá en Coahuila?

JBT: Pude ver y observar que el trabajador del campo era un paria –es una palabra de origen latín–, sin derechos de ninguna clase, sujeto a algo verdaderamente inaudito y contrario hasta en lo humano, porque el trabajador del campo en aquellas épocas, en lo económico, estaba sujeto a pedir a una tienda, que se llamaba "tienda de raya", en la que iba pidiendo, como es natural, más de lo que su salario podía cubrir. Y entonces de ahí resultaba una deuda permanente, deuda que heredaban sus descendientes. De manera que el hombre del campo era un semiesclavo.

JW: ¿Los campesinos podían cruzar la frontera y entrar a los Estados Unidos? En el resto del país no había tantas comunicaciones para poder escaparse, pero allá, en el río Bravo, en la margen derecha del río, ¿no podían escaparse?

JBT: Ahí había más facilidades que en el sur. En el norte, buscando su mejoramiento natural, muchos de ellos se pasaban el río Bravo, hacia Texas, en donde tenían parientes que ya eran americanos; encontraban un ambiente favorable, mejor que el que tenían acá, del lado de México.

JW: Al parecer usted tiene muchos recuerdos de su niñez. Usted creció en el campo, montaba a caballo, vivía al aire libre, lo que le daba mucho vigor físico.
JBT: Mis primeros años se desarrollaron en ese ambiente, el de la gente de campo. Todos mis antepasados habían sido de ese mismo origen.
JW: ¿Tuvo usted mucha libertad como niño?
JBT: La educación de la niñez más bien se debía a los padres que a las escuelas públicas.
JW: ¿Y la escuela pública no era buena?
JBT: Pues era un factor de ayuda, pero la verdadera educación se recibía de los padres.
JW: ¿Y la educación primaria?
JBT: Mi educación primaria la hice en mi pueblo, el pueblo de Guerrero, Coahuila. Allí había un hombre que no tenía título de profesor, pero que hacía las veces de maestro, un señor González. Y ese fue el que me enseñó las primeras letras.
JW: Ustedes estaban en la frontera, ¿aprendieron mucho inglés?
JBT: No aprendimos mucho inglés, porque en aquella época aún prevalecía un criterio no muy favorable para ustedes los americanos, y en especial de parte de la gente como nosotros, que éramos de Coahuila, porque hubo una época en la historia en que Coahuila y Texas eran un solo estado. De manera que los coahuilenses, nuestros antepasados –nosotros no teníamos conciencia todavía– todavía tenían ese resentimiento de que a Coahuila se le había quitado todo Texas.
JW: ¿Entonces ustedes tenían conocimiento de su pasado?
JBT: No éramos muy afectos a aprender el inglés por esos antecedentes. Pero nosotros ahora, en estos tiempos, después de muchos años, estamos hermanados con ustedes, además de lo que se deriva de la "buena vecindad", en el sentido de estar perfectamente definidos en contra de una causa que se llama "el comunismo".
JW: Pero México tuvo que pasar por la Revolución de 1910.
JBT: Tuvo que venir la Revolución para marcar eso, y lo seguimos marcando en estos momentos.
JW: Bueno, ustedes los norteños fueron los que hicieron la Revolución.
JBT: Pues el mayor esfuerzo nos tocó a nosotros, porque la Revolución se hizo con las armas en la mano. Así comenzó y éramos los que teníamos, no más facilidades, sino menos dificultades para obtener elementos de lucha.
JW: Usted siempre había pensado en ingresar al Colegio Militar, en la Ciudad de México.

JBT: Desde muy pequeño, instintivamente sentí esa inclinación. Mis padres decían: "Este va a ser soldado", porque me veían ciertas cosas. Y no se equivocaron.

JW: Usted vino al Colegio Militar de Chapultepec entre 1901 y 1908.

JBT: ¡Exacto! Allí hice mis estudios para Oficial Técnico de Artillería y me gradué en 1908, como Teniente Técnico Facultativo de Artillería.

JW: De doscientos estudiantes que entraron a la escuela, ¿usted fue uno de los siete graduados?

JBT: Sí señor.

JW: Deben haber tenido un curso muy riguroso.

JBT: Eran muy rigurosos los estudios. Para hacer una carrera en el Colegio Militar de entonces, una carrera facultativa, se necesitaba que el cadete obtuviera, durante los tres primeros años, una calificación de tres Muy Bien (3MB), en las materias militares y en matemáticas. El que tuviera 2MB ya no podía hacer una carrera facultativa, eran muy rigurosos. También cultivaban una disciplina férrea.

JW: ¿Asistió a la escuela secundaria en Coahuila?

JBT: No, cuando vine al colegio ya había quedado eso atrás. Yo fui oficial fundador de la fábrica de cartuchos en Casa-Mata. Es un lugar histórico que hay allí, donde se peleó contra ustedes, cien años antes. Más tarde, al ascender a Capitán Segundo, pasé como oficial de labores a la fábrica de pólvora. Esas eran especialidades de la carrera a que yo fui destinado: tanto cartuchería, pólvora, como construcción de artillería.

JW: Usted se casó en 1910 con María Carrillo Gutiérrez.

JBT: En 1910, poco antes de que comenzara la Revolución. De manera que puedo decir que tomé parte en dos revoluciones, la del matrimonio...

JW: Ganó una revolución y perdió la otra.

JBT: Pues como en la mayoría de los casos, se pierde esa.

JW: ¿Su esposa también era norteña?

JBT: También, hija del general Lauro Carrillo, que había sido siete años gobernador del estado de Chihuahua.

JW: Pero ella se vino a México.

JBT: Vino muy pequeña y aquí estuvo toda su vida. Hasta que tuvo la suerte de encontrarme.

JW: ¿Cómo lo encontró ella a usted?

JBT: Pues de una manera casual. En un lugar deportivo ella andaba patinando. En un momento dado se le desprendió un patín y como era natural —en el Colegio se nos enseñaba a ser caballerosos—, pues me tocó muy cerca y allá fui.

JW: ¿Usted se casó antes de la Revolución?

JBT: El 3 de agosto de 1910. La Revolución comenzó, como ustedes saben, el 20 de noviembre del mismo año.
JW: ¿Y qué pensaron ustedes al estallar la Revolución? Usted estaba en el ejército porfiriano, ¿qué pensaba?
JBT: Por antecedentes de mis antepasados que siempre pertenecieron al Partido Liberal –desde luego esa tradición viene de mi familia– yo veía que era el liberalismo el que iba a luchar contra el conservadurismo al comenzar la Revolución.
JW: Usted tenía veintisiete años entonces.
JBT: Sí, cuando yo me casé, y meses después comenzó la Revolución.
JW: Bueno, quiere decir que entonces usted ha de haber tenido un criterio para ver por qué había estallado la Revolución. ¿Quiere contarnos cómo estalló la Revolución?

La Revolución y el Plan de Guadalupe

JBT: Hace poco más de medio siglo estalló en México la Revolución, como resultado de la falta de libertades que durante treinta años había venido imponiendo la dictadura porfiriana, en la que sólo resultaban beneficiadas las llamadas clases altas, compuestas tan sólo de gente adinerada, hacendados, banqueros y grandes comerciantes, quedando fuera una clase media que hacía esfuerzos por prosperar, pero que nunca conseguía salir de la semimediocridad, a causa de la desorbitada influencia de los poderosos, que mantenían al pueblo sujeto a su condición de parias, con derecho apenas a vivir en medio de la semiesclavitud.

Han pasado cincuenta y cuatro años, y al triunfo de la lucha armada vino la lucha política, la que, después de grandes esfuerzos y sacrificios, cristalizó en las páginas de una constitución socialista cuyos postulados hasta ahora principian a cumplirse con la gestión del presidente Adolfo López Mateos. Él, en mi concepto ha sido el presidente de México más inteligente y más grande en los últimos cincuenta años, entre otras cosas por haber dado a conocer a nuestro país en todo el mundo civilizado con su presencia internacional, cuyos resultados benéficos empiezan a traducirse en hechos positivos.

En esta breve y compendiada exposición de mis ideas, en relación con la política de mi país, creo haber satisfecho los deseos de dos jóvenes que, como ustedes, sólo aspiran a ampliar sus conocimientos en la historia de un país vecino del vuestro, nutriendo su espíritu en la escuela mexicana.
JW: Muchas gracias por sus apreciaciones.

JBT: Ustedes vienen en tono de investigación, en tono, sobre todo, de tipo histórico. De manera que aquí estoy.

JW: A los veintisiete años, usted pudo ver muy claramente la posición de México.

JBT: Tan lo vi claro que meses después me incorporaba al movimiento que había de estallar en noviembre de ese mismo año.

JW: Usted se incorporó al lado de Madero.

JBT: Al lado del presidente Madero; como ayudante de campo se decía entonces.

JW: En sus memorias,[1] usted dice que fue llamado al Estado Mayor de Madero el seis de diciembre de 1911.

JBT: Tenía seis días de haber tomado posesión el presidente Madero cuando me llamó a su lado.

JW: ¿Quisiera contarnos cómo fue llamado usted? ¿Qué razones tuvo Madero para llamarle a usted a su lado, habiendo tantos militares a quienes acudir?

JBT: Me llamó por dos razones, que aquí, en mi país, siempre han significado: una que es en cierto modo parcial, porque el señor Madero era pariente mío; y la segunda razón, porque Madero se informó de cuáles alumnos del Colegio Militar, u oficiales subalternos, éramos partidarios, ideológicamente, de la Revolución que él encabezaba.

JW: Madero necesitaba jóvenes militares, de ideas liberales, y de su propia ideología.

JBT: Y en esos momentos éramos muy pocos los que habíamos manifestado nuestra adhesión en lo espiritual a la causa revoluclonaria, incluso puedo señalar hasta los nombres; éramos tan pocos, el capitán Gustavo Garmedia, que murió en la lucha, un oficial de nombre Cristóbal Rodríguez, que vive aún.

JW: ¿Él es el general que ha sacado a la luz tantas publicaciones?

JBT: Ese; es un liberal. Publica actualmente un periódico que se llama *La Voz de Juárez*. Siempre fue liberal. Otro, un oficial, Rubén Morales, y yo. No había más; todos los demás eran contrarios. Por eso se puede decir que casi la totalidad del ejército estuvo del lado de Huerta.

JW: ¿Tuvo usted una relación con la familia de Madero, siendo coahuilense?

JBT: Además de paisano, pariente, cosa que no he tomado nunca muy en consideración para estimar los valores, porque puede haber parientes buenos y malos, y yo no me hago solidario con los últimos.

JW: Estando usted en el Estado Mayor de Madero, al poco tiempo surgieron dificultades en el norte, ¿tuvo usted que salir al norte?

---

[1] Jacinto B. Treviño, *Memorias*, Ed. Orión, México, 1961.

JBT: Siendo yo ayudante del señor Madero estalló en Chihuahua el movimiento contrario a su gobierno, encabezado por Orozco y como yo siempre me sentí más ligado a los deberes de un verdadero soldado que a las comodidades de pisar alfombras en el Palacio Nacional, solicité ir a la campaña, y tomé parte en los combates hasta el aniquilamiento.

JW: ¿Qué quieren decir con orozquismo?, ¿tenía ideología Orozco o nada más fue un militar?

JBT: En nuestro país el que encabeza un movimiento armado le da su nombre al movimiento, por eso tenemos maderismo, carrancismo.

JW: Pero Madero y Carranza tenían planes, ¿qué tuvo Orozco?

JBT: ¡Nada! Ese señor no había recibido cultura bastante como para defender una causa que tuviera una verdadera ideología, de alcances políticos en el país. Los enemigos de la Revolución lo estuvieron visitando, para que se revelara contra el señor Madero, y a la postre lo consiguieron.

JW: ¿Tenía lazos Orozco con la familia Terrazas, en Chihuahua?

JBT: Si no los tenía antes, los consiguió después, porque eran los capitalistas de aquel estado. Y los movimientos fueron impulsados por esa gente que le ayudaron bastante con sus elementos tan grandes.

JW: En esos días hubo muchos brotes en el país. ¿Tuvo usted conocimiento de los levantamientos de Emiliano Zapata, en el sur, en Morelos?

JBT: Siempre fui ajeno a la causa zapatista, porque en toda la Revolución me tocó preferentemente, como hombre del norte, actuar en el norte. Pero sí tenía conocimiento de que existía el zapatismo.

JW: Hay muchos historiadores que en estos días escriben que Zapata levantó la bandera del agrarismo, y que con esa bandera todo México pudo seguir y conocer acerca de esa lucha que duró casi nueve años. Esos historiadores le dan mucha importancia al zapatismo. ¿Qué pensaban de Zapata los del norte en 1911, 1912 y 1913?

JBT: Que la causa zapatista no pudo haber sido más noble. Pero en cuanto a lo militar, no podía estar a la altura de nosotros, en el norte, por la falta de elementos para la lucha armada.

JW: Zapata estaba demasiado aislado.

JBT: Lejos de la base de aprovisionamiento, su lucha era desesperada y casi sin efecto material en lo militar. Pero, ideológicamente era una causa respetable. No obstante, debo hacer esta aclaración: que esa causa del agrarismo, aunque la consideremos como muy respetable, era menos aguda en el norte, porque el problema del zapatismo era la tierra, y el problema de nosotros no era otro, porque nos sobraban tierras, lo que faltaba era agua. Por lo tanto, las causas eran un poco diferentes, y no dejamos de reconocer la legitimidad de la causa zapatista.

JW: ¿La causa zapatista no tuvo mucha influencia en el norte?
JBT: Tuvo menos influencia que en el sur, porque ese problema no era de allá. Allá en el norte nos sobraban tierras y acá no. En el estado de Morelos, al estallar el movimiento zapatista los dueños de las tierras eran doce personas adineradas de aquí, de la capital de la República, y el trabajador no tenía un palmo de terreno propio.
JW: ¿Estaba usted en Chihuahua durante la decena trágica, entre el 9 y el 17 de febrero de 1913?
JBT: No, yo estaba en Saltillo, que fue cuna del movimiento de 1913. Allí me toco reconocer la causa que enarboló don Venustiano, el hombre más grande de los últimos tiempos que ha habido en México. Es el único que está capacitado para sentarse a la vera de don Benito Juárez, que figuró hace cien años. Y yo estuve con Carranza desde el primer momento.
JW: Al formularse el Plan de Guadalupe, ¿usted tomó parte en las discusiones?
JBT: No sólo tomé parte sino que fui el primero que lo firmó. Aquí está, mire usted este documento. Aquí está mi nombre, el primero. De todos estos quedábamos doce, hasta hace tres días en que murió uno, y ya sólo quedamos once. Bueno, el cuarenta por ciento de esta gente murió en la lucha.
JW: En las discusiones del Plan de Guadalupe, la gente joven quería más reformas de las que se consignaban allí. Usted en sus memorias dice que Aldo Baroni, Francisco Múgica y Lucio Blanco tomaron parte.
JBT: En la discusión, porque en nuestro concepto don Venustiano nos había presentado un anteproyecto de plan que no era lo suficientemente preciso. Hablaba solamente de desconocer a Victoriano Huerta, desconocer a las Cámaras, desconocer a los gobernadores que en treinta días no reconocieran la Revolución. Y nosotros agregamos los considerandos que figuran en ese plan. De manera que este plan principalmente es hijo de la Asamblea, y don Venustiano Carranza ni siquiera lo aceptó como se lo presentamos en ese momento, porque dijo que quienes lo nombrábamos a él como Primer Jefe éramos el noventa por ciento de Coahuila. Carranza, que era un hombre de una honradez acrisolada, lo mismo en el sentido privado que en el sentido público, dijo:

"Este movimiento, contra lo que se suponga, va a ser nacional, y yo no puedo aceptar un nombramiento que me hacen ustedes, sólo los de Coahuila. Tienen que participar en el acto gentes de otros estados".

En el mes siguiente, los revolucionarios que se habían levantado en Sonora con Obregón, Maytorena y otros, reconocieron el Plan de Guadalupe, en que se nombraba como Primer Jefe al general Carranza. Fue entonces cuando ya lo aceptó.

JW: Algunos historiadores han discutido mucho el papel que desempeñaron Lucio Blanco y Francisco J. Múgica. Estos dos y otros andaban en Matamoros repartiendo tierras en 1913. Usted, que asistió a la formulación del Plan de Guadalupe, ¿nos puede decir si es verdad que ellos querían incluir la reforma agraria en el Plan de Guadalupe? Se dice que don Venustiano los frenó.
JBT: El señor Carranza se opuso a que nosotros incluyéramos en el contenido del Plan bases o principios que no era oportuno ofrecer al pueblo en aquellos momentos, argumentando que el problema que teníamos enfrente era el de destruir la dictadura que se había implantado aquí en México, bajo el mando de Huerta, y que las reformas de tipo social vendrían después. Se impuso el criterio de don Venustiano Carranza, que decía: "En materia de promesas hay que hacer muy pocas para poderlas cumplir".

Nosotros éramos muy jóvenes y queríamos que todo se pusiera allí. Naturalmente el hombre tenía veinte y tantos años más de vida que nosotros, y era muy ponderado, con una visión para el futuro, y dijo: "Eso vendrá después".
JW: Ustedes los jóvenes, ¿quisieron incluir en el Plan de Guadalupe la reforma agraria?
JBT: Reforma agraria, y reforma social, y económica, y de todo.
JW: Porque después, con la Ley del 6 de enero de 1915...
JBT: Entonces se amplió el Plan de Guadalupe y se integraron conceptos de reformas de tipo social. En la Ley del 6 de enero se trata el problema agrario, que fue aceptado por los zapatistas, porque ellos habían hecho poco en eso. Es decir, en materia de legislación seguían defendiendo, siempre defendieron esa causa.
JW: Entonces ustedes los jóvenes fueron reivindicados después.
JBT: Tanto Blanco como Múgica tomaron Matamoros en Tamaulipas, que fue una de las primeras plazas que ocupó la Revolución, e inmediatamente ellos procedieron a dividir, a lotificar haciendas de enemigos de la Revolución, entre otras las de Félix Díaz, sobrino de don Porfirio. Pero don Venustiano no estuvo conforme, porque eso debía venir después, cuando domináramos completamente.
JW: ¿Por qué?
JBT: Porque decía que más tarde habría oportunidad para eso, que esto era una cosa local; que el problema agrario era de tipo nacional y que tenía que resolverse después, pero por el camino legal. A Carranza se debe que de 1913 a 1915, dos años después, se expidiera la Ley del 6 de enero, en Veracruz. Lo único que alegaba don Venustiano era que no era oportuno lo que habían hecho. No es que Carranza se opusiera. Él tenía pensado hacerlo, pero en mejor forma, y por medio de una ley, aunque fuera de tipo revolucionaria esa ley. Blanco y Múgica repartieron esas tierras y se quedó pendiente

esa repartición. Por lo pronto entraron allí gentes de la Revolución y después, ya dentro de la ley, con la Constitución en la mano, se hizo la repartición formal, no nada más por la fuerza.

JW: Podemos decir que entraron en posesión provisional de las tierras, y después ya fueron definitivas.

JBT: Eran grandes extensiones de tierras, muy ricas, que formaban parte del bajo río Bravo y naturalmente muy buenas para la agricultura.

JW: Pero usted estaba al lado de Carranza.

JBT: Estuve al lado de él año y medio, porque a los diecisiete días del movimiento, a pesar de mi baja categoría de ese tiempo, fui nombrado jefe de Estado Mayor, porque yo llevaba el antecedente de ser un soldado de escuela, condición en la que no estaban los otros. Yo había pasado por la escuela militar y el problema que teníamos enfrente era única y exclusivamente de tipo militar. Y don Venustiano pensó que allí le podía yo ayudar en mejor forma.

JW: Bueno, ¿de dónde vinieron las ideas que ustedes los jóvenes querían implantar en el Plan de Guadalupe? ¿Habían leído mucha historia?

JBT: Nos habíamos enterado de la campaña y del programa político de don Francisco Madero, porque él ya hablaba de todas esas cosas.

JW: Algunos historiadores dicen que Madero no tenía más fines que los políticos, que no quería más reformas que las políticas.

JBT: No. También en el Plan de San Luis habló algo de aspecto social, hay que reconocerlo. Tal vez allá en su fuero interno, él vio que el problema del momento era combatir a la dictadura. Después él no tuvo el tiempo, pero pudo haber ampliado su programa, también en el orden social. Madero escribió un libro en 1908, que se llamó *La sucesión presidencial*, y allí habla de cómo veía a los trabajadores del campo, en la región de La Laguna, pues allí estaba él.

JW: El libro de Madero, ¿se difundió mucho?

JBT: Nos habían llegado algunas copias. Esa fue la semilla que estaba por debajo. La dictadura recogió los libros que circulaban para que no conociera el público.

JW: Y ustedes, los del Colegio Militar, ¿habían leido la obra?

JBT: A nosotros, a los cuatro revolucionarios del Colegio Militar, nos llegaban periódicos, pero en forma subrepticia, como el de Ricardo y Enrique Flores Magón, envueltos en papel. Los Flores Magón estaban en San Luis, Missouri, y allá escribían un periódico que se llamó *Regeneración*. Ya para que le digo lo demás, esas son cosas muy antiguas.

JW: Al hablar de los Flores Magón lo importante es saber que ustedes, los jóvenes militares, pudieron leer ese periódico, *Regeneración*, porque entre los historiadores se discute este dato.

JBT: Sí, lo leímos sólo que a escondidas.
JW: ¿Por qué? ¿Estaba prohibido?
JBT: Sí. No podía uno leer ningún periódico, mucho menos ése.
JW: Es importante que ustedes hayan leído *Regeneración*, porque al hacerlo captaban ideas.
JBT: Nos llegaba irregularmente, pero nos llegaba.
JW: Traigo esto a colación, porque hay algunos historiadores que, ignorando ciertos detalles, afirman que *Regeneración* y los Flores Magón no tuvieron importancia, porque el periódico no se leía.
JBT: A los Flores Magón no se les puede negar que ideológicamente —no en lo militar porque ellos no eran soldados— fueron precursores de la Revolución.
JW: Hay otros historiadores que dicen que el libro de Madero es muy aburrido, que no tenía ideas. Pero tal vez fuera una semilla que inspiró a los militares que lo leyeron.
JBT: Para hacer justicia a Madero, hay que decir que nos inspiró a los que éramos jóvenes y que teníamos que empaparnos en ese tipo de ideas, con esas lecturas. Madero cometió muchos errores después, ya en la política, siendo Presidente. Pero para el pueblo de México es una figura muy respetable, porque fue el iniciador de la Revolución.
JW: Usted, que estuvo a su lado en el Estado Mayor, nos podrá decir si es verdad que la familia Madero tenía un dominio sobre él, que su hermano era más poderoso que el propio Madero. ¿Qué nos puede decir de Madero, de su carácter personal y de su familia?
JBT: Don Francisco Madero tuvo un hermano que se llamó Gustavo, y que al constituirse ya el gobierno constitucional, el Poder Ejecutivo y las Cámaras, ese hermano fue el jefe del grupo maderista en la Cámara, y era un hombre a quien se le suponían cualidades en materia de energía. Francisco era un apóstol, y todos los apóstoles son de tipo franciscano, religioso. Gustavo no era así, era un hombre de actuación; por eso Huerta lo mandó matar primero que a Francisco. Huerta era un hombre que tenía experiencia y sabía que Gustavo Madero era un peligro para él, más que el mismo Francisco. A Francisco lo fortalecía el hecho de haber sido electo con una votación de un noventa por ciento en el país, democráticamente. ¡Esa era la fuerza de Francisco! Pero por su carácter y por la manera de ver los problemas, Francisco era un hombre de esos llamados "hombres buenos", y el hombre bueno nunca pasa de ser un buen hombre, en mi concepto. Para ser hombres de gobierno no es suficiente con ser un buen hombre, se necesita contar con otro tipo de cualidades.
JW: Y la familia de don Francisco, ¿tuvo mucho qué decir?

JBT: Lo que tenían era mucho dinero, que, por cierto, lo perdieron en esa aventura. Más tarde recuperarían algo, hay motivos para poder decir eso. Don Francisco nunca tuvo gran cosa de dinero. Usted sabe que su padre había sido rico. El que tenía era don Gustavo, y creo que prestó 800 mil pesos, que más tarde recuperó, cuando triunfó la Revolución.
JW: ¿Cree usted que Gustavo haya tenido mucho qué ver con el éxito de la Revolución?
JBT: Sí, desde luego, al lado de don Francisco. Gustavo era un asesor de don Francisco y seguramente influyó. Pero en lo político el que se destacaba era don Francisco. Además, era el hermano mayor. Gustavo parecía como un auxiliar, pero era un auxiliar efectivo, sobre todo en lo concerniente a lo ejecutivo. De los demás Madero, yo creo que vale más no hablar.
JW: Los historiadores tratan de averiguar por qué vino la decena trágica. En la opinión de ellos, si don Francisco hubiera actuado con más firmeza posiblemente hubiera quedado en el poder, porque el reyismo había sido derrotado, habían vencido también a Félix Díaz en Veracruz, y Zapata era un guerrillero.
JBT: Vuelvo a repetir que usted conoce más la historia de la Revolución que yo.
JW: Usted vivió la Revolución y sus opiniones y sus puntos de vista son muy importantes para el historiador, porque a los hechos tenemos que darles el énfasis con lo que usted diga.
JBT: Al cuartelazo contra Madero nosotros lo llamamos Cuartelazo de la Ciudadela, estalló porque el porfirismo todavía subsistía, ya sin don Porfirio y después de haberse ido él, existía entre gente muy rica, gente que podía reaccionar en ese sentido, con elementos. El cuartelazo estalló con la idea de recuperar los antiguos fueros de la dictadura porfirista, no obstante que el mismo don Porfirio, que ya tenía 86 años, aconsejaba que el porfirismo no resurgiera. Por eso la cosa se fue por otro lado y empezaron a aparecer nuevos hombres, que habían sido porfiristas, pero que ya pertenecían al reyismo, y estaba el porfirismo, que era la mayor fuerza, con Huerta a la cabaza. Huerta fue el único hombre escogido por ellos para toda clase de actos, porque era un degenerado mental completo; él era el más apropiado para hacer el papel de traidor y de usurpador, y todo lo que se ofreciera. Por eso estalló el movimiento de la Ciudadela, y luego empezaron los errores del señor Madero.

El señor Madero tenía en su gabinete, como ministro de guerra, a un general falto de carácter que debió haber tomado el mando de las fuerzas del gobierno para reducir a los sublevados de la ciudadela. Eso le corresponde a un soldado que tiene el puesto de secretario de Guerra cuando estalla un movimiento. De otro modo, ¿quién era el indicado para encabezar el movimiento que debía combatir a los sublevados? En lugar de eso,

don Francisco se dejó acercar a Huerta, quien lo engañó diciéndoles que iba a defender su gobierno. Le dio el mando de las fuerzas que debían defenderlo y luego Huerta se volteó, con todas esas fuerzas, en contra de Madero, y los asesinó, a él y al vicepresidente de la República.

JW: Hoy es usted amigo de los Estados Unidos.

JBT: Por cuestiones políticas, yo he vivido desterrado nueve años en los Estados Unidos. Y entonces pude conocer ese pueblo de ustedes... que es el pueblo lo que vale. Mis hijos se educaron allá, desde Grammar School, y uno siguió hasta obtener un título de ingeniero de minas y metalurgista, y hoy aquí tiene un gran puesto; Salvador es el director de Fomento Minero, aquí, en mi país.

JW: En 1913, ¿qué opinión tenía usted de los Estados Unidos y del embajador Henry Lane Wilson?

JBT: La peor, porque para nosotros ese embajador Henry Lane Wilson fue factor importante para animar a Huerta a que traicionara a don Francisco Madero y nosotros creíamos que obraba de acuerdo con el gobierno de los Estados Unidos. Mucho tiempo después nos dimos cuenta que el gobierno de los Estados Unidos hasta sancionó a ese hombre, a Wilson, por haberse aliado con este bandido que dio muerte a Madero. Pero en el primer momento creíamos otra cosa, que obraba por instrucciones del gobierno de los Estados Unidos.

Y ese mismo criterio tenía don Venustiano. Yo estaba a su lado y le puso un mensaje muy fuerte al presidente Taft. En aquellos momentos le faltaban unos días para entregar el poder. Don Venustiano hasta regañaba al presidente Taft, enojadísimo por la actitud del embajador americano aquí.

JW: ¿Cuándo se dieron cuenta don Venustiano y usted que Henry Lane Wilson actuaba por su propia cuenta y no del Departamento de Estado?

JBT: Pues pasó tiempo, porque las comunicaciones estaban interrumpidas. Lo que supimos es que Huerta preparó en la embajada el movimiento del cuartelazo, ¡hasta en el local de la embajada! Pero pasó mucho tiempo, usted sabe que en esas cosas siempre pasa tiempo para que se aclaren. Meses después venimos a saberlo.

JW: Al entrar Wilson.

JBT: Exactamente, al entrar Wilson lo supimos; vimos que el gobierno de Wilson sancionó a ese individuo y lo destituyó de su puesto, y quién sabe cuántas cosas hicieron allá en contra de él.

JW: Los carrancistas tuvieron sus propias dificultades con Wilson.

JBT: Eso fue después, lo de don Venustiano con Wilson. Don Venustiano era muy mexicano y era muy celoso de cualquier cosa que él estimaba que fuera en contra de nuestro país, o de la soberanía de nuestro país.

JW: ¿Estuvo usted con don Venustiano cuando vino un tal señor John Lind, representante de Wilson?
JBT: Sí, incluso intervine en una cosa un tanto cuanto chusca. Ese señor Lind se decía representante personal del presidente Wilson, pero antes había tenido el cuidado de venir a hablar con Huerta; nosotros estábamos en Sonora y como ya en esos momentos Huerta sentía perdida su causa, porque la Revolución había prosperado mucho, Huerta le encargó a Lind que hablara con don Venustiano para que se llegara a un acuerdo para conseguir la paz. Pero don Venustiano, conocedor de Huerta, y además dado su patriotismo, dijo que la Revolución no transaría nunca con bandidos.
JW: John Lind vino un poco engreído, dándose su importancia.
JBT: Lo que voy a decir ya es una consideración mía muy personal, porque yo asistí a esa reunión acompañando a don Venustiano. En un momento, este señor, al comenzar la entrevista, se puso de pie y nos dijo a todos: "Como yo soy el representante personal del presidente del país más grande del mundo, invito a todos a que me escuchen de pie lo que tengo que decir". Pero no fue lejos por la respuesta. Don Venustiano no entendía mucho inglés, y el intérprete le dijo: "Pues este señor nos invita a usted y a todos a que nos pongamos de pie para escuchar lo que tiene que decir".

Al señor Carranza le causó una impresión desagradable lo que el señor decía, y le respondió: "Dígale usted a este señor que no olvide que está pisando un país libre que se llama México, y que por importantes que sean las cosas que tenga que decir, lo mismo da que las diga de pie o sentado y que yo lo invito a que se siente". Entonces Lind se puso pálido. Ya desde ese momento la entrevista la había ganado el señor Carranza, es decir, moralmente.

Los hombres de la Revolución

10 de junio de 1964
Ciudad de México

JW: General, en esta ocasión quisiéramos hablar de su libro, de sus memorias. Usted dice que a los carrancistas no les gustaba la actitud de Francisco I. Madero cuando fue presidente, y es posible que hubiera habido un distanciamiento entre los dos grupos revolucionarios. ¿Quisiera explicarnos qué sucedía?
JBT: En mi concepto esa discrepancia emanó de que el señor Carranza no estaba del todo conforme con la forma en que el señor Madero empezó a

gobernar. El señor Carranza era radical en ese concepto y ya lo había manifestado al terminarse el Tratado de Ciudad Juárez, cuando el señor Madero preguntó al señor Carranza, que había sido nombrado Secretario de Guerra, sobre su parecer respecto al Tratado de Ciudad Juárez el 21 de mayo de 1911, a lo que el señor Carranza contestó: "Revolución que transa es revolución que pierde".

Desde ese momento algunos interpretaron que aquellos dos hombres estarían en cierto modo discrepando. Pero, en manera alguna, y lo digo yo en mis memorias, el señor Carranza tuvo alguna vez intención de sublevarse contra el señor Madero. Esto se confirmó cuando vino la lucha contra Orozco, y yo puedo dar fe de que Carranza jamás tuvo intenciones de sublevarse contra el señor Madero, porque yo me encontraba en Saltillo desempeñando una comisión cerca del señor Carranza, pero sin dejar de pertenecer al Estado Mayor de Madero.

JBW: De todos modos los maderistas, después de la "Decena Trágica", atacaron más a los villistas que a los carrancistas.

JBT: Por esa discrepancia de criterio los maderistas siempre insistieron en que el señor Carranza no era un buen amigo del señor Madero. Pero no era eso, yo lo niego terminantemente. Carranza era de convicciones firmes y no podía estar conforme con ciertas cosas que a la postre resultaron en el fracaso del gobierno del señor Madero.

JW: ¿Conoció usted a Villa?

JBT: Por su mal, demasiado bien.

JW: ¿Qué tipo de hombre era?

JBT: Era un hombre de gran talento natural, pero carente en forma absoluta de toda cultura. Al comenzar la Revolución no sabía leer ni escribir, posteriormente se le enseñó a dibujar su nombre, no a escribirlo. Y ese hombre, naturalmente, se guió siempre por su instinto, procedía conforme a su instinto, en lo cual había un gran fondo de primitivismo.

JW: Su instinto le ayudó mucho.

JBT: Le ayudó mientras se trataba de destruir a un enemigo. Para eso estaba preparado instintivamente; por eso su participación en la lucha contra Huerta fue tan importante que lo llevó a ganar las más grandes batallas, las más importantes. Por eso es que para la Revolución tiene importancia la personalidad de este hombre, tomando en cuenta lo que él sirvió para el triunfo de la Revolución, cuando en México se había instaurado un régimen fuerte, con un ejército fuerte, de cincuenta mil hombres. La participación de Villa fue decisiva para el triunfo completo en la lucha contra Huerta. Después, hay que tomar en cuenta otros aspectos.

JW: Se dice que Villa tenía una ideología cercana al Plan de Guadalupe.

JBT: Villa fue ajeno a eso. Para mí, en esos días, esos dos hombres, Carranza y Villa, los conceptúo en este plano: Carranza era el cerebro y Villa fue el brazo en la lucha contra Huerta, hasta allí. De manera que creo que eso lo condensa todo. No son comparables en ninguna forma los dos hombres. Su papel fue distinto ante la historia.
JW: El brazo no pudo sobreponerse al cerebro.
JBT: Lo de siempre. A la postre el cerebro se impondrá siempre sobre la fuerza.
JW: En esos años, ¿usted conoció a Plutarco Elías Calles?
JBT: Era tan insignificante en esos días, que no tuve tiempo ni de conocerlo.
JW: En su libro usted dice que Calles no tenía conocimientos militares, que no fue un buen militar.
JBT: Siempre lo he dicho, nunca tomó parte en ninguna operación importante. En mi concepto se debió más a la política que a los méritos de tipo militar.
JW: ¿Cómo pudo él llegar después a desempeñar tantos puestos tan importantes?
JBT: Porque éste es el país de lo inesperado. De manera que aquí ocurren tales cosas que no nos debe sorprender lo que suceda. En materia militar, que es como lo juzgo principalmente, su personalidad es perfectamente nula. El grado que llegó a tener, y que le sirvió para crecer en política, se debió más bien a la política que iba en cada época.
JW: Unos historiadores dicen que Calles era muy instruido, que fue maestro de la escuela y que había leído tanto que tenía grandes conocimientos del mundo.
JBT: No creo lo mismo, porque Calles fue maestro de escuela, pero de primeras letras. Jamás el profesorado de primeras letras está a la altura de la alta cultura. En mi concepto la cultura es un proceso educacional, que viene gradualmente.
JW: ¿Conoció usted a Abelardo Rodríguez en esos años?
JBT: Este hombre en un principio no tenía categoría militar, era lo que nosotros llamamos "asimilado"; en 1914, era pagador del Cuarto Batallón de Sonora. En ese medio y en ese ambiente actuaba él. Más tarde, cuando vinieron los otros movimientos posteriores a la lucha, él ya optó una categoría y en esa categoría trabajó. Cuando ese hombre se destacó más es cuando la fortuna lo llevó al puesto más alto de la República: la presidencia. Allí se distinguió como un gran administrador. Y de su periodo recordamos que fue una de las épocas menos malas en materia de administración, y en mi concepto fue entonces cuando empezó la verdadera reorganización del aspecto económico del país.

JW: Usted relata en sus memorias que Abelardo Rodríguez tuvo unas dificultades, en Durango en mayo de 1914. ¿Cuáles fueron las dificultades que tuvo?
JBT: De esas dificultades sólo podemos decir que son errores de juventud.
JW: Hay muchos errores de juventud. Y Pedro Almada, ¿también estuvo allá con ustedes?
JBT: ¡Cómo no!, estuvieron en lo mismo. Bueno, vuelvo a decir, eran compañeros y amigos pero tal vez intervino allí algo pasional y esas cosas que no viene al caso referirlas.
JW: Hablando de los hombres de esa época, por ejemplo, de Calles, ¿era religioso Calles? Unos historiadores han dicho que Calles era luterano, o que en cuanto a religión era muy místico. ¿Pudiera usted calificarlo en lo que toca a esos años?
JBT: Creo es que en materia de religión, no tenía ninguna, sin llegar a ateo.
JW: Usted tuvo conocimiento de la Convención de Aguascalientes. En su opinión, ¿qué pasó y cuáles fueron los problemas de la Convención de Aguascalientes, y dónde estaba usted cuando la Convención se reunió?
JBT: El señor Carranza había convocado a una convención aquí en México. Y nos había convocado a todos los jefes militares, a todos los que habíamos llegado a tener mando. Él pretendía que de esa convención saliera el nombramiento y se le ratificara, o se nombrara a otra persona distinta a él, como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, porque Carranza sentía que en el ejército de la Revolución ya había el germen de la divislón adentro. Para eso convocó a la convención en México, pero Villa y los zapatistas no estuvieron conformes con esa convención, y propusieron que se reuniera otra en Aguascalientes, que sería definitiva. Los villistas y los zapatistas proponían un candidato distinto al del señor Carranza, no querían seguir bajo sus órdenes, y en esa convención se resolvió pedirle al señor Carranza que renunciara, y Carranza no aceptó esa forma. Él dijo que procedieran conforme a sus convicciones y que nombraran al que quisieran; pero los partidarios de Carranza éramos contrarios, queríamos que él fuera el Primer Jefe y que siguiera siendolo. En nuestro concepto Carranza era el hombre que más valía de todos los que figuraban allí, incluido Villa y todos los que figurábamos. Y allá no estuvieron conformes y de ahí vino la división. Los contrarios nombraron como presidente provisional de la República al general Eulalio Gutiérrez, que prácticamente no llegó a gobernar porque ya la división estaba bien marcada. Esos actos fueron los preliminares de la lucha que vendría después, ya en el terreno de las armas.
JW: Durante la Convención de Aguascalientes, ¿dónde estuvo usted?
JBT: Tuve mi representante allí, a un general Santos, porque yo estaba herido en esos días de una pierna por un casco de granada, y no pude asistir.

Pero yo era de los que estábamos del lado del señor Carranza. De manera que a la hora de venir la división, yo estuve donde siempre había estado: con el señor Carranza.

Batalla de Ébano

JW: Usted tomó parte en la batalla de Ébano.
JBT: Fui el que mandaba allí, en esa pequeña operación, que duro setenta y dos días de lucha.
JW: ¿Pequeña operación?
JBT: Así la llamo, porque hubo otras más grandes, pero no más duraderas.
JW: La batalla fue de mucha estrategia.
JBT: Mis amigos han hablado de eso, yo no. Yo tenía preparación de la ciencia de la guerra, la tenía del Colegio Militar y, naturalmente, tomando en cuenta y haciendo uso de estos conocimientos, tomé el dispositivo de combate que estaba basado en este principio fundamental: yo sabía de antemano que el enemigo no era conocedor de las luchas defensivas donde hubiera de por medio fortificaciones. Villa jamás había combatido en ese ambiente; siempre las batallas de Villa habían sido campales, pero nunca contra trincheras, contra atrincheramientos. Y yo recurrí a ese medio sabiendo de antemano que se triunfa cuando se toma la ofensiva; pero, mi condición de inferioridad me imponía la defensiva. Pensé también que la fortificación aumenta el valor defensivo de los conjuntos militares: un hombre detrás de la masa cubriente vale por varios que vienen a atacarlo. De manera que a mí me pudieron haber atacado diez, por uno que yo tuviera. Y ese tipo de guerra no lo conocía el enemigo. Por eso pude resistir tanto tiempo, a pesar de que el enemigo era tres veces y media superior en materia numérica a lo que yo tenía.

Pero la finalidad también tenía otros alcances en la defensa de ese lugar: era la puerta de entrada a la zona petrolera del país; las primeras llenaderas para los ferrocarriles estaban allí en ese lugar, y creo que siguen estando. De manera que defendiendo ese punto con éxito se evitaba que Villa tuviera combustible para sus trenes y, por lo tanto, todos sus transportes quedaban casi nulificados. Para atacarme a mí, acá, en Tampico, Villa tenía que traer combustibles desde Ciudad Juárez y desde Piedras Negras, procedente de los Estados Unidos; esa era una condición muy desventajosa para él. Pero la batalla también tenía otro alcance: pensé que si Villa llegaba a adueñarse de la zona petrolera, él tendría muchos dólares

para combatirnos a nosotros, porque las companías petroleras norteamericanas, ante la amenaza de que aquellos bárbaros les quemaran hasta los pozos, les soltarían todos los dólares que les pidieran, y entonces tendría Villa más elementos para combatirnos. Eso me hizo extremar la defensa hasta el máximo. Siempre les dije a mis subalternos: "Por delante tenemos una muerte, la muerte gloriosa; pero, abandonado este punto tendremos también la muerte –porque a nuestras espaldas teníamos el mar– pero sería una muerte ingloriosa".

JW: ¿Y ustedes no podían pedir unos dólares a los norteamericanos?

JBT: No, porque yo nunca le pedí ni un centavo a la compañía que era la Huasteca Petroleum Co., de Mr. Edward Doheny, creo que era paisano de ustedes, de allá de California; era una buena pieza, pero ni a él ni a Mr. Green, nunca les pedí un centavo.

JW: ¿Y ustedes tuvieron bastante parque para seguir con la defensa?

JBT: Lo que me mandaba el señor Carranza de Veracruz, que lo adquiría en los Estados Unidos; pero venía, no por la mano izquierda sino por la derecha: bien adquiridos y bien pagados esos elementos. Con eso me defendí allí; una lucha que se prolongó setenta y dos días, al cabo de los cuales llegó lo que esperaba, que era el momento oportuno para pasar de la defensiva pasiva a la ofensiva activa. Y lo conseguí porque el 31 de mayo de 1915 ordené a mis elementos tomar la ofensiva. Ya el enemigo había perdido: tres mil de sus efectivos habían quedado allí, muertos, heridos, dispersos, o prisioneros. De manera que el último combate tuvo relativamente poca importancia para aniquilar a los restos de aquellos catorce mil hombres que habían lanzado contra mí.

Esto tenía otra importancia muy grande, que algun día se reconocerá por otros elementos, los de Obregón. Por esos mismos días Obregón –yo comencé antes– luchaba en Celaya, en León y en Aguascalientes y en toda esa zona. En mi concepto, Villa cometió el error de dividir su ejército en dos bandos, que era muy superior a lo nuestro numéricamente. Un bando, el más grande, bajo las órdenes directas de Villa, ataca a Álvaro Obregón en Celaya, y el otro viene a atacarme, amenazando a Tampico. Si se piensa por un momento que Villa no divide su ejército y que aquellos catorce mil hombres lo refuerzan a él, pues entonces la suerte de la lucha de las armas hubiera sido muy otra.

JW: Villa creyó que con la captura de Ébano podría abastecerse.

JBT: Lo creyó muy fácil, y que allá tendría dólares y petróleo. Por eso, probablemente, dividió sus fuerzas. Pero militarmente eso fue un error; esas son consideraciones de tipo económico, y es otra cosa.

EPISODIOS Y RECUERDOS, 1915-1919

Cuando la Convención se llevó a cabo, Lucio Blanco estuvo con Eulalio Gutiérrez, con el Presidente que había nombrado la Convención. O sea que ya quedaba distanciado de Carranza, de Obregón, de Villa; distanciado de todo el mundo, menos de él mismo.
JW: Blanco se fue al norte para escaparse.
JBT: Se fue camino al norte, pero en un lugar que se llama Torres Mochas una fuerza villista bajo las órdenes de Urbina, el que me atacó después en Ébano, entabló una batalla contra Blanco y los hizo pedazos. Y se fueron en orden disperso allá, porque ellos defendían al gobierno de la Convención, del presidente Gutiérrez, pero en esa batalla quedó deshecho el ejército de la Convención que mandaba Lucio Blanco. Más tarde –Blanco quedó por allá disperso y escondido– cuando ya vencimos en Celaya y en Ébano al villismo, Blanco fue hecho prisionero en un rancho y conducido a Torreón, en donde se me nombró juez para juzgar de esa causa. Obregón, que era un hombre de pasiones, se informaba de cómo estaban unos con otros, si bien o mal , o peleados entre sí. Y Obregón sabía que Blanco y yo por aquéllos días no la llevábamos muy bien, entonces me nombró juez, para amolar al otro. Pero se equivocó conmigo, porque ya no era yo el amigo o el enemigo de aquel que iba a juzgar: yo era el juez. Y entonces hice alguna maniobra de tipo legal para salvar a ese hombre, de quien Obregón sabía que yo no era muy amigo, y es posible que él me haya nombrado con otras intenciones.
JW: Entonces Lucio Blanco quedó en libertad.
JBT: Lo salvó una sola frase que puse en mi nombramiento. Obregón me dijo que yo hiciera mi nombramiento de juez en esa causa, y allí encontré la forma de salvar a ése a quien no creía muy amigo mío. ¿Cómo?, sencillo. Hay dos tipos de justicia en materia militar: la formación de un consejo de guerra extraordinario, o un consejo de guerra ordinario. En el consejo de guerra extraordinario no valen ni las declaraciones del acusado, ni las de testigos, ni nada; no vale más que la acusación, y no hay sentencia más que la de muerte, en el orden militar. El consejo de guerra ordinario es distinto; allí se admite toda clase de pruebas y hay tiempo para averiguar. Y yo en mi nombramiento me puse, "para juzgar al acusado fulano de tal por la vía ordinaria". Esas dos palabras, "vía ordinaria", salvaron a este hombre esa vez, porque después lo asesinaron los mismos, muchos años después.
JW: Y en este caso, ¿cuáles fueron los cargos cuando usted actuó como juez? ¿Cuáles fueron los cargos principales en contra de Lucio Blanco?
JBT: Fueron más cargos que los que los aliados le hicieron a los alemanes: traición a la patria, usurpación de funciones, insurrección, una bola de co-

sas de ese tipo. Por la vía extraordinaria; bastaba con un solo cargo de esos para terminar con la vida de un hombre.
JW: Pero en el testimonio; ¿cómo pudo salvarse el general Blanco?
JBT: Blanco nunca se salvó, el que lo salvó fui yo. Nomás con eso, porque él tenía derecho a nombrar testigos que se encontraran hasta en el estado de Chiapas, y hasta recuerdo haber yo sugerido el asunto de que nombraran testigos. Con ese solo hecho se perdía el tiempo, iba tiempo de por medio. Y cuando me preguntaban si ya íbamos a fusilar a Blanco, yo les decía que había citado a los testigos que estaban en Yucatán o en Quintana Roo, que tenían que declarar. Mientras eso pasaba, ocurrieron acontecimientos y don Venustiano vino acá, a Querétaro. En política lo que hoy son delitos, en el caso extraordinario puede que más adelante sean méritos. De manera que pasó el tiempo, se vio el final de la causa y Blanco quedó libre. Ya no había el criterio aquél que privaba en esos momentos en que no hay muchas disculpas ni se atiende a nada, en que no hay más que la acusación.
JW: ¿Dónde estuvo usted durante las reuniones de los constituyentes de Querétaro en 1916 y 1917?
JBT: En Chihuahua, en 1916 y 1917. Desde 1915, yo había llegado a Chihuahua como Jefe de Operaciones en el estado de Chihuahua, en La Laguna, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, era yo jefe de toda esa zona. Yo estaba al frente del Cuerpo de Ejército del Noreste, que antes había estado al mando del general, don Pablo González.
JW: Los historiadores han dicho que durante las reuniones de los constituyentes hubo una rebelión en contra del Primer Jefe, al no aceptar su proyecto de constitución, porque querían algo más radical. ¿Qué opina usted de esto?
JBT: En 1916 y 1917 Villa ya había reaccionado. Nosotros habíamos hecho desaparecer su poderío como fuerza militar, pero él volvió a empezar a dar guerra allá en Chihuahua. Yo estaba allá y me atacó dos veces, a pesar de que habíamos sido amigos antes, desde 1912. Pero esto pasaba en 1916, y en política, hoy se es amigo, y mañana se es enemigo.
JW: Quiero decir, ¿cree usted que Carranza quería una constitución tan radical como la adoptada?, o ¿quería aplazar su adopción?
JBT: Don Venustiano quería una constitución un poco menos radical que la que se hizo; pero allí tomaron parte algunos de los radicales del Congreso, y él aceptó las inovaciones que le hicieron a su anteproyecto. Carranza mandó un anteproyecto no más, que fue modificado en algunos aspectos.

Quiero aclarar que el pensamiento, el alcance de los artículos principales de la Constitución mexicana, como son los artículos 27, 123, 130, etc., el alcance de esos artículos, fue de ese hombre, porque a mí me conversaba de esas cosas. La cuestión del dominio de la nación sobre el subsuelo, en el cual

iba de por medio el petróleo, era pensamiento de él y no fue de los constituyentes, porque en conversaciones conmigo hablaba mucho de esas cosas. Yo era muy joven y hasta me dormía cuando hablaba; en la noche, él allá, en una cama, y yo, acá, en otra. Ese hombre siempre tuvo el pensamiento sobre el futuro de la patria. Algún día se le reconocerá cabalmente su grandeza. Todavía viven muchos enemigos; pero un día se rendirán propios y extraños, amigos y enemigos, ante la grandeza de ese hombre.

JW: ¿Fue usted diputado a la XXVII Legislatura?

JBT: Sí. Esa legislatura existió cuando ya se estableció en el país el régimen constitucional, como resultado de la Constitución.

JW: ¿En qué año?

JBT: En mayo de 1917.

JW: Ustedes llegaron al entrar en vigor la nueva constitución.

JBT: Pero ya era constitucionalmente, con don Venustiano a la cabeza. El Presidente y nosotros fuimos diputados, y entré a la XXVII Legislatura, esa era una legislatura verdaderamente revolucionaria. Los argumentos que allí se esgrimían estaban respaldados con la pistola en cada pupitre.

JW: Hay unos historiadores y economistas que dicen que Carranza no pudo ser revolucionario o muy revolucionario, en tanto que en el país hubieran sublevaciones e inquietud en todo el país. También lo acusan de haber gastado todo su presupuesto en la administración del país, en vez de dedicarlo a la reconstrucción del país o en educación y asuntos sociales. ¿Qué nos puede decir sobre esto?

JBT: Carranza fue un hombre que no tenía un radicalismo desorbitado, esa era la diferencia con los radicales de la época. Los radicales de entonces querían más, querían exigir, implantar cosas que el señor Carranza consideraba impropias del momento. Pero Carranza no era enemigo de esas reformas. Él decía que a su tiempo se irían haciendo esas reformas. Por eso lo que ha prevalecido en el tiempo ha sido el criterio de Carranza. Todo lo que él dejó en materia de principios persiste actualmente, y el país lo respeta por eso, y nosotros lo conocimos y actuamos con él.

JW: Usted estuvo en España en 1919. Se fue para hacer un estudio militar. ¿Tuvo usted conocimientos del intento de Carranza de dejar a Ignacio Bonilla en la presidencia?

JBT: En 1919 recibí una comisión del señor Carranza de trasladarme a Europa para hacer un estudio con dos temas principales: primero, la industria militar en Francia y en España; y, segundo, el estudio de las escuelas militares en Francia, Bélgica y España. Esos fueron los dos temas principales que llevé para estudio.

Cuando regresé de allá, en 1920, traje y presenté en mi informe un proyecto de establecer dos cosas fundamentales de la cultura militar en México para que se establecieran en el nuevo Colegio Militar las escuelas de las armas. No como habíamos estado antes, en que no sabía uno a qué arma lo iban a despachar. Naturalmente era un procedimiento viciado y vicioso, porque tiene que atenderse a lo vocacional. Y el oficial de infantería es de un tipo, el de caballería es de otro tipo, y el de artillería es más cultivado. Los tres aspectos de la formación de oficiales son distintos. El oficial de infantería es un hombre que está preparado para hacer despliegues de tropas en el combate a pie. El oficial de caballería está preparado para las grandes funciones de violencia, las cargas de caballería, incluso hay una que se llama "escape". El de artillería es oficial de cálculo. Y en esas tres armas antes no había diferenciación alguna en la preparación. Y yo vine y propuse que se mantuviera la gran tradición del Colegio Militar pero dentro de la institución las tres escuelas funcionando, y una más, que yo proponía, y que se estableció: la creación de la Intendencia, que es el estómago del ejército, es el que proporciona las subsistencias para que no se mueran de hambre los militares.

JW: Usted vino con nuevas ideas en un momento cuando era muy difícil implantarlas.

JBT: Sin embargo, quedaron las bases. Hoy ese proyecto es una realidad.

CAÍDA DE CARRANZA

JW: Usted regresó a tiempo para hablar el 21 de abril de 1920 con Carranza acerca de la sucesión presidencial.

JBT: Sí, con un hermano mío, Francisco, y un magistrado de la Suprema Corte de Justicia, Alberto M. González. El señor Carranza y los que estaban cerca de él habían previsto el peligro de que Obregón llegara a la Presidencia, y que para Carranza significaría retraerse al pasado de la historia nuestra, al porfirismo y al santanismo y a esos "ismos". Por eso fue que Carranza pensó en otro hombre. Fue un error de él en política; fui a decirle que no estaba de acuerdo. Yo he hablado con lo que es mi propio sentir, en la política y con los presidentes de la República. A mí no me ha impuesto la personalidad de un puesto; me han importado siempre primero los principios, las ideas, que los hombres. Y yo, encabezando una comisión en la que iban esas personas que mencioné, fuimos a ver al presidente Carranza. Me nombraron presidente y fui el que tomó la palabra para hablarle. El propósito nuestro era convencerlo de que retirara la candidatura del señor Ignacio L.

Bonillas, a quien se consideraba más paisano de ustedes que de nosotros; él se había educado allá, en los Estados Unidos. Desempeñó algún empleo allí, al servicio de un gobernador de Arizona, de un Mr. Stafford. Estaba casado con americana, y sus hijos, sus hijas sobre todo, hablaban mejor inglés que español. En fin, este país ha sido siempre muy sensible a ese nacionalismo. Ignacio Bonillas era un hombre magnífico, pero no pasaba de ser un buen hombre, y un buen hombre nunca pasa de ser hombre bueno.

Le hice ver al señor Carranza que el pueblo nuestro no estaba en ese momento preparado para la lucha electoral, que la Revolución había pasado ya de ser formada por civiles a formar el ejército. Ya no era el ciudadano armado aquel que se levantó contra don Porfirio ni contra Huerta; era ya un miembro del ejército que se había formado y ese ejército es el que iba a tomar parte en las elecciones nacionales. Le hice ver al señor Carranza que siendo la cosa en esa forma, había que tomar en cuenta que el ejército de ese momento estaba dividido en dos candidaturas: la de Álvaro Obregón y la de Pablo González. Que, por lo tanto, sacar a un candidato ajeno a esos dos ambientes era peligroso. ¡Y así sucedió! El señor Carranza me dijo que yo estaba equivocado en eso; posteriormente vimos que los acontecimientos me dieron la razón.

JW: Y Carranza le dijo a usted que él temía que si Obregón llegaba al poder, seguiría como Porfirio Díaz, dejando a un Calles que continuara en el poder.

JBT: Eso es algo que el señor Carranza me dijo confidencialmente, en una ventana del Palacio, ya cuando me separé del grupo. Me llamó.

JW: ¿En la misma entrevista?

JBT: En la misma, pero no quiso decírmelo frente al grupo, sólo quiso decírmelo a mí. Y me dijo lo siguiente: "No es un empeño de testarudez de mi parte el que yo sostenga al señor Bonillas; es otra cosa más importante para el futuro de la patria". Y entonces, con estas palabras que revelan una visión muy poco común en cualquier hombre de gobierno, siguió diciendo: "Deseo decirle a usted esto: si Obregón llega al poder, se repetirá el periodo histórico de 1876 en que don Porfirio Díaz entró por primera vez al poder y estuvo cuatro años" –porque ese era el periodo entonces– "y a los cuatro años dejó a un amigo que a su vez, cumplido ese nuevo periodo, ese amigo haría que Díaz volviera otra vez al poder para no salir hasta que no lo sacáramos nosotros, treinta años después, con la revolución que hicimos aquí".

JW: Tuvo razón.

JBT: Pues sí, tenía razón históricamente; el hombre conocía mucho la historia del país, y sobre todo tenía tradición.

JW: Y unos años más tarde ustedes hubieran tenido que ir a la lucha de nuevo contra Obregón.

JBT: Sí, seguro. Ahora, ¿qué pasó? En 1920 entró Obregón al poder, en 1924 se lo entregó a Calles, y en 1927 y 1928, ¿qué sucedió?, que ya Obregón andaba buscando entrar al poder. Era cierto lo que me había dicho Carranza en 1920, ocho años antes.
JW: Y en la entrevista de ustedes con Carranza, ¿fueron de parte de Obregón?
JBT: ¡De parte de nadie!
JW: Nada más para convencerle.
JBT: Sí. Fue una comisión que se formó para estudiar la situación del momento. Pero de ese grupo algunos estaban con Obregón y otros estábamos con González, yo entre ellos y, por lo tanto, ninguno de los dos nos dieron instrucciones, consignas menos, porque no las hubiera acatado.
JW: Fueron ustedes para hablar antes de luchar.
JBT: Que entendiera el hombre que era cosa nuestra, no nos lo imponía nadie. De manera que los que hablamos allí fue producto de nuestro propio sentir.
JW: De alguna manera, Carranza pudo pronosticar el futuro.
JBT: Lo previó perfectamente.
JW: Pero también quería que Bonillas fuera presidente y ese no era el hombre del momento para llegar a la presidencia. Ese fue su error.
JBT: Aceptaba que el señor Bonillas tal vez no fuera lo mejor, que no estaba capacitado para los problemas del momento; pero lo consideraba como menos malo de lo que iba a pasar después con Obregón en el poder. Lo que no pensó don Venustiano es que ocho años después hubiera alguien que también suprimiera la vida de Obregón.

Del gabinete al destierro, 1920-1936

17 de junio de 1964
Ciudad de México

JW: Quisiéramos hablar de su actuación en el gabinete de De la Huerta.
JBT: Al hacerse cargo el señor don Adolfo de la Huerta como presidente interino constitucional de la República, él tuvo a bien designarme como Secretario de Industria, Comercio y Trabajo. Así se llamaba entonces esa secretaría, que ha sido muy buscada. Le hice ver que yo me encontraba un poco ajeno a los problemas de esa secretaría, porque era mi deber informárselo, que él y Obregón y todos, conocían mi actuación de toda mi vida. Pero De la Huerta, con una contestación política, me dijo que todos esperaban que yo aceptara y que los pocos conocimientos que pudiera tener en todos

los aspectos eran vitales para el país, y me pidió que aceptara. Entonces acepté. Fui a esa secretaría y el primer nombramiento que hice fue el de secretario particular, a un señor que más tarde llegó a Presidente de la República: el señor Adolfo Ruiz Cortines.

En esa secretaría sólo estuve unos meses, mientras duró el interinato del señor De la Huerta, y pude promover algunos asuntos sobre todo en el Departamento de Minería, donde había muchísimos asuntos pendientes de resolución –más de tres mil– y que estaban causando perjuicios porque la nación no percibía esos impuestos. Aquí va algo que, ¿quién sabe como les caiga a ustedes?, pero es la verdad, yo no digo más que lo que sé. Mi actuación principal en esos meses se refirió al ramo del petróleo, que entonces era un departamento de la Secretaría. Don Venustiano Carranza había expedido unos decretos en agosto de 1916 que se referían al cumplimiento del criterio constitucional de que el petróleo pertenecía al patrimonio nacional. Las compañías no eran tan sólo las americanas, sino también la compañía "El Águila", que era inglesa, y la compania holandesa. Todas creyeron que como el gobierno del señor Carranza se había derrumbado, era el momento oportuno para hacer gestiones con el fin de que aquellos decretos se derogaran. Nada más que se encontraron con que yo era muy adicto al pensamiento y alcance de esos decretos. De manera que seguí defendiendo esos decretos y, no es exagerado decir, con más fuerza que como el propio señor Carranza lo hubiera hecho. Con ese motivo tuvimos varias entrevistas con los representantes de las compañías, pero nunca consiguieron que yo aceptara ni siquiera discutir esos decretos. El señor De la Huerta, Presidente, estuvo de acuerdo con mi política, y mientras estuve allí sostuve esa posición.

JW: En esos años se presentó un proyecto ante el Senado para reglamentar las disposiciones de la Constitución de 1917.

JBT: La Constitución de 1917 resistió a todas las gestiones, que venían de todas partes para su reforma. Desde luego, el Partido Conservador no estaba de acuerdo con muchos de los principios que se establecieron, y no ha estado conforme todavía. Por ejemplo, en el aspecto educacional la Constitución estableció que la educación fuera laica, y ellos, los tradicionalistas, han sostenido lo opuesto.

Y la lucha sigue. Los conservadores pretenden la derogación del artículo tercero de la Constitución y nosotros no aceptamos dar ni un paso en este sentido. Ahora han venido otros problemas, por ejemplo, el libro de texto gratuito, a lo que están opuestos también. Se oponen porque suponen que en el libro de texto gratuito va la historia real de la Revolución y de la Constitución. Ellos no están de acuerdo con eso, porque creen, porque suponen que la historia la hemos hecho nosotros los liberales y los revolucionarios de

México. Desde Juárez para acá, efectivamente la historia la hemos venido haciendo nosotros, pero es una historia respaldada con un triunfo en la lucha.

JW: Bueno, en 1920 usted nombró a Ruiz Cortines. Era concuño de usted. Y en esos años usted creyó que Cortines era el perfecto prototipo de secretario particular.

JBT: Hasta ahí estamos de acuerdo. Yo dije entonces: "Es el prototipo de secretario particular", porque el hombre en esa materia debe ser una tumba; hablaba muy poco entonces, y creo que sigue haciendo lo mismo. Así que como secretario particular era el tipo clásico.

JW: La pregunta que surge aquí es: ¿es el prototipo de secretario particular lo suficientemente bueno como para ser un buen presidente?

JBT: Creo que no basta ser un tipo clásico de secretario particular para ser un buen gobernante. En mi concepto se requieren otras cualidades. Esa no es mala cualidad, desde luego, pero no basta. En otros terminos, para ser gobernante de un país como el nuestro –que es el único que puedo discutir y en el que puedo opinar– se necesitan otras cualidades: energía con justicia para gobernar, y honradez para administrar. Son muy fáciles de enunciar pero muy difíciles de cumplir. Porque eso es todo un programa de gobierno. De manera que en el caso de él, no creo que tuviera todas las facultades que se requiere para ser un gobernante enérgico. Lo vimos al final de su gobierno –lo digo yo en mis memorias–, el país había llegado a un estado anárquico: los estudiantes, los camioneros, los ferrocarrileros, todos en huelga, y él no los metió al orden. Fue el gobierno de Adolfo López Mateos el que tomó providencias para nivelar eso y llevar al país a una condición de paz, y se vio en el caso de privar de la libertad a determinados elementos que eran de la extrema izquierda, elementos que aún están sujetos a un delito que se llama "disolución social" y que en mi concepto es discutible. Pero, ante las grandes circunstancias también soy partidario de emplear las grandes medidas. No sé si esté en un error, pero si no hay otra forma de contener un estado de cosas, entonces el gobernante debe de estar a la altura de lo que exigen las circunstancias, y si no lo hace, no es un buen gobernante.

JW: En 1921 usted tuvo que defender su posición contra José Alessio Robles, en una situación muy peligrosa para usted.

JBT: Efectivamente, lo fue. Este hombre y yo habíamos sido compañeros en el Colegio, pero nunca fuimos amigos, y posteriormente, cuando estalló la Revolución, quedamos en bandos contrarios. Él estuvo con Huerta y yo estaba con el constitucionalismo, con Madero y con Carranza. En algún combate estuvimos luchando en contra y me tocó la suerte de ser de los vencedores en ese combate, contra él, que hasta salió herido en las piernas, perdiendo todos los elementos que estaban bajo su cargo; el Noveno Regimiento de

Caballería quedó perdido allí. Siguieron los avatares de la lucha y vino Huerta a hacerse cargo del poder en la forma que ya sabemos, entrando al Palacio Nacional por la puerta de atrás, por la puerta del deshonor, y con el asesinato del presidente y del vicepresidente, Madero y Pino Suárez. Ese hombre que me atacó se hizo de gran amistad de Huerta. Era un hombre de malos antecedentes, porque cuando Huerta sintió la necesidad de prescindir de la vida de hombres que habían sido importantes en la lucha del maderismo, como don Abraham González, se valió de éste y de algún otro para asesinar a ese hombre que fue un gran elemento en el estado de Chihuahua. José Alessio Robles tomó parte en el asesinato de don Abraham González en una estación que se llama Horcasitas. Siguen los acontecimientos y hasta el año de 1921, a la caída del gobierno del señor Carranza, Alessio Robles, que se encontraba allá, en la tierra de ustedes (pero no muy contento), estaba esperando venir. Este señor pertenecía a una familia con tantos miembros como partidos en pugna había. Es decir, uno estaba con Huerta, otro estaba con nosotros y otro después estuvo con Obregón. De manera que era una familia que obraba por cálculo, nunca perdía. Perderían dos, pero ganaba uno, de ese tipo. Esta gente era de ascendencia no española sino italiana.

Y yo había sido nombrado por el gobierno de Obregón, en 1921, Presidente de La Comisión Superior Revisora de las Hojas de Servicios de los miembros del ejército para dictaminar en el caso de todos los miembros del ejército. Y naturalmente he empleado el mismo procedimiento toda la vida: los que no tenían derecho para pertenecer al ejército, fuera quien fuera, yo les daba puertas afuera. No podía ser de otra manera, no tenían datos suficientes en sus expedientes, sólo unos cuantos papeles. La prensa se hizo eco de esa labor radical que implanté en la Comisión Revisora de Hojas de Servicio, y entonces este señor Alessio Robles intervino atacándome y un día hasta se permitió una injuria pública. Naturalmente que no esperó mucho por la respuesta, porque en la tarde de ese mismo día, pues había dejado de existir, se murió. Pero aun la forma de morirse fue de una manera casual, en esta calle de Insurgentes. Iban los dos coches, el que él traía y el mío. Yo venía adelante y él se puso a la altura del mío y le advertí que se detuviera, tal vez con términos no muy cariñosos. Le advertí que se detuviera, y él se detuvo. Mi coche quedó adelante, porque él venía manejando su coche y el mío lo manejaba un chofer. Al verme lo primero que hizo fue hacer uso de su arma, por mi espalda; los dos disparos venían sobre mí. Por fortuna, mi coche era un Dodge y tenía una barriguilla combada hacia fuera, y él traía proyectiles de plomo, de manera que un disparo que me pudo haber pegado en la espalda pegó en la orilla del coche y se resbaló. Por eso es que tengo el gusto de estar enfrente de ustedes todavía... y otro disparo quizá estaba

más alto. Pues bajamos nosotros, yo llevaba un ayudante. Nos bajamos, contestamos su fuego y murió, y se acabó allí todo. Mi ayudante vino y se colocó a mi lado, porque quería ir a donde estaba el hombre ya herido. Y como era natural, tuve que recomendarle que no olvidara la ascendencia italiana de esas gentes, que a lo mejor surgía un nuevo florentino allí. No sé si ustedes conozcan la historia, pero supongo que sí, seguramente, porque podía estarse haciendo el muerto sin estarlo. De manera que le dije a mi ayudante: "Tenga cuidado, porque a lo mejor se está haciendo el muerto". Estaba muerto. Así terminó ese asunto.

Naturalmente, pude haber recurrido a los tribunales militares, pero este individuo había tenido una categoría en el Ejército inferior a la mía, y en ese caso había parecido ventajoso de mi parte, no obstante yo estaba convencido de la razón de mi causa.

JW: ¿Qué fue en defensa propia?

JBT: En mi defensa, porque había sido una agresión evidente y grave, y sin derecho, como dicen los licenciados. Y por la espalda. De manera que quise que la causa se tramitara por los tribunales civiles, para que no se dijera que yo estaba en condición de superioridad respecto a ese individuo. Y efectivamente así fue.

A los cinco meses yo fui puesto en libertad, "por falta de méritos", según el fallo del juez, porque se comprobó perfectamente que yo había sido objeto de una agresión por la espalda. Y si después obré yo, repeliendo esa agresión, ya lo hacía en defensa propia, en defensa legítima, como le decimos acá nosotros.

JW: Entonces usted quedó en libertad...

JBT: Quedé completamente absuelto del todo y con facultades de hacer uso de todos mis derechos en lo civil y en lo militar.

JW: Y así pudo usted tomar parte en otras dificultades bélicas con la revolución de De la Huerta, en diciembre de 1923.

JBT: En la época del movimiento del señor De la Huerta murió un hijo mío cuando yo iba a salir a incorporarme con Obregón. Apenas había salido de mi casa para ir a la estación del ferrocarril, cuando me alcanzaron para decirme que había muerto mi hijo de una afección del corazón. Por eso ya no pude tomar parte en el combate de Acatlán que iba a ser el último y el decisivo, ya no pude salir. De manera que en ese movimiento se puede decir que no tomé parte. Por supuesto que ideológicamente yo estaba con el movimiento, pero no participé.

JW: ¿Ideológicamente? ¿Estuvo usted de parte del movimiento de De la Huerta?

JBT: Porque yo conocía la diferencia de hombres. El señor De la Huerta era el tipo de hombre honrado, del hombre decente, del hombre que era inca-

paz de echarse encima los intereses de la nación; por el contrario, sabía que él los defendería en toda ocasión que se le presentara, como lo hizo cuando los Tratados de Bucareli.

JW: ¿Quisiera contarnos acerca de la posición y el punto de vista de De la Huerta sobre los Tratados de Bucareli?

JBT: Yo coincidía con la opinión del señor De la Huerta, opinión que envió al gobierno desde Sonora, diciendo que él no estaba de acuerdo en algunos puntos con los Tratados de Bucareli. Por ejemplo, no estaba de acuerdo con que el gobierno de Obregón conviniera en determinadas cosas a cambio del reconocimiento de los Estados Unidos. El señor De la Huerta siempre estuvo en desacuerdo con que el reconocimiento se obtuviera a ese precio. Esa fue la razón por la que más tarde siempre estuvieron encontrados los dos hombres: Obregón y De la Huerta.

JW: Y la rebelión delahuertista surgió inmediatamente después de los Tratados de Bucareli en 1923.

JBT: Sí, a fines de 1923 y a principios de 1924, tuvo lugar el movimiento armado de De la Huerta. El señor De la Huerta era un gran ciudadano; era un gran civil, pero no tenía nada de soldado, y los generales que estaban con él no coordinaron la campaña que pudo haber triunfado, porque De la Huerta contaba con más elementos que Obregón, pero éstos estaban muy dispersos y sin acuerdo unos con otros.

JW: ¿Y usted pensaba entrar a la lucha al lado de De la Huerta, pero en eso murió su hijo y ya no pudo hacerlo?

JBT: Ya no pude.

JW: Con la llegada de Obregón a la presidencia el 1 de diciembre de 1920, entendemos que usted no estuvo muy de acuerdo con él.

JBT: Siempre creí que ni Obregón ni Calles fueran dos hombres que convinieran al país. Los dos eran hombres que luchaban preferentemente por el triunfo personal, más que en busca de los resultados favorables al país. Por eso nunca estuve con ninguno de esos dos hombres.

JW: ¿Por eso es que usted fue uno de los fundadores del Centro de Veteranos?

JBT: Del primer Centro de Veteranos de la Revolución, en 1924. La finalidad era dar la batalla contraideológicamente a las tendencias de aquellos dos hombres. Yo siempre señalé que serían fatales para el país.

JW: ¿Tuvo usted participación en la rebelión de Gómez y Serrano y de los otros generales, en octubre de 1927, contra la reelección de Obregón?

JBT: ¡Exactamente! Cuando se cumplía fatalmente la predicción del señor Carranza de que Obregón volvería, o trataría de volver al gobierno –siete años antes en 1920–, cuando se cumplía eso, yo, conforme a mis convicciones, tenía que estar en contra de Obregón.

JW: Usted siempre ha estado en contra del partido oficial.

JBT: Pues sí, hay algo de eso cuando los gobiernos se apartan, en mi concepto, de la defensa de una causa como es la causa de la Revolución, y siempre he manifestado mi inconformidad con eso.

JW: Unos historiadores han dicho que Calles no fue tan conservador como lo hacen, sino que todavía fue revolucionario hasta 1927, pero que al venir esa revolución y los problemas económicos que surgieron con motivo de esa rebelión, tuvo que abandonar la causa revolucionaria para ordenar el gobierno del país, y entonces se fue volviendo cada vez más conservador. ¿Quisiera comentar acerca de esto?, porque usted fue de los que notaron a Calles como conservador desde mucho antes.

JBT: Ese momento histórico de mi país yo lo contemplaba desde el extranjero, porque estaba allá, con ustedes. Habiendo estado yo inconforme con lo que se hacía aquí en México para la reelección de Obregón y el callismo, tomé el camino del destierro y pasé nueve años en Estados Unidos. Allá se educó mi familia, tuve la ventaja de que se pudieran educar allá durante todo ese largo tiempo. Yo veía los acontecimientos de México desde allá y sabía de antemano que casi todo lo que hicieran esos hombres sería fatal para el país. Los acontecimientos me dieron la razón y a la caída de Calles regresé al país, cuando gobernaba el general Cárdenas.

JW: ¿Durante su tiempo en el exilio, ¿qué hizo para vivir, para ganar el pan?

JBT: Toda clase de trabajos, desde lo que ustedes llaman allá "real estate", de terrenos y casas. Pero era una época en que había una crisis tremenda en los Estados Unidos, desde el año de 1929.

JW: Durante la depresión y la crisis.

JBT: En 1929 y todos esos años. La crisis había comenzado en 1929, pero seguía en 1930 y 1931, de manera que era muy difícil el asunto. Después me puse a estudiar algo, cuando me cambié de Laredo a San Antonio, que eran los problemas dificilísimos y peligrosísimos de la Bolsa de Valores, donde no ganan más que los propietarios. Me puse a estudiar los balances de todos los grandes negocios y encontré una forma sencilla que no me dio mal resultado: compraba al principio de semana pocas, muy pocas acciones –no podía comprar más, no tenía yo capital para más–, de las que se presumía que iban a subir, ayudado por la opinión de mis amigos americanos allí, que conocían el asunto. "Este valor va a subir", decían y yo compraba el lunes y vendía el sábado, y ganaba cualquier cosa, pero eran dólares para vivir. En esa forma me pude sostener.

JW: Usted llegó a los Estados Unidos en mayo de 1928, cuando su destierro.

JBT: Atravesé el río el 26 de marzo de 1928, no en mayo. De manera que viví en los Estados Unidos hasta 1936.

JW: Usted tuvo parte en la rebelión escobarista en 1929.

JBT: Nosotros tenemos un refrán aquí en México, no sé si ustedes lo tengan allá también, que dice: "un perdido va a todas".

Cuando estalló ese movimiento, como era en contra de la misma causa por la que estaba yo desterrado, me dije: "Vamos a ayudar a ese movimiento, a ver si podemos echar abajo al otro".

También decimos nosotros: "el enemigo de mi enemigo es mi amigo". Es otro refrán. De manera que no hay tiempo para analizar si conviene o no aquel movimiento, cualquiera que sea la opinión. Y por eso vine a incorporarme acá.

JW: Han dicho que el movimiento escobarista tuvo relación y ligas con los cristeros.

JBT: No. El movimiento escobarista fue esencialmente obregonista, porque aquí en México se había asesinado a Obregón, y Escobar, al frente de una parte del ejército, se sublevó contra el gobierno de Calles, a quien suponían también implicado en la muerte de Obregón, cosa que ha quedado ahí.

JW: Pero usted no era amigo de Obregón.

JBT: Antes sí, cuando fuimos a la lucha contra Huerta; pero cuando ya actuó él políticamente, yo no estuve con él.

JW: ¿Cómo se explica que José Gonzalo Escobar, enemigo de usted, fuera su amigo?

JBT: Ya lo dije: "El enemigo del enemigo, es mi amigo".

JW: ¿Usted cree que Escobar no tuvo nada qué ver con los cristeros y los vasconcelistas?

JBT: Estuve cerca de Escobar y no pude advertir que lo tuviera. Lo que pasa es esto, que simultáneamente los cristeros eran perseguidos por Calles y el callismo, y tocó la casualidad de que los derrotados del escobarismo y los cristeros derrotados fueran a dar también a los Estados Unidos, y por eso podían suponerse ciertas ligas o conexiones con ellos; pero nunca lo hubo, porque Escobar siempre ha sido de la Revolución.

JW: ¿Tenía Escobar otros motivos, además de la venganza por el asesinato de Obregón?

JBT: No creo que haya tenido otro. Escobar es amigo personal mío y me ha dicho qus ellos creían firmemente que Calles estaba implicado en el asesinato de Obregón y que por eso se pronunciaron en contra de Calles. Ellos eran muy obregonistas.

JW: Pero fracasaron.

JBT: Fracasaron, sí. Los Estados Unidos apoyaron a Calles y naturalmente triunfó la causa del gobierno.

JW: Usted tuvo que regresar a los Estados Unidos a fines de abril de 1929.

JBT: Volví otra vez, a prolongar un poco más el destierro.
JW: ¿Y los Estados Unidos no volvieron a ser su enemigo, después de que ese país apoyó a Calles?
JBT: No; yo siempre he sido amigo de los Estados Unidos, y los Estados Unidos me han tratado a mí muy bien. Cuando fui a dar desterrado allá tuve un caso curioso: Cuando me presenté en San Antonio, Texas, el representante del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, después de ver mis antecedentes en un librajón que tenía de este tamaño allí —creo que aquí no teníamos tantos datos como pude ver; vi que abrió un libro mucho más grande que éste, y vi mi nombre arriba—, cuando el representante de justicia terminó la lectura de mis antecedentes, me dijo: "Usted puede residir en los Estados Unidos y tendrá la protección del Departamento de Justicia de los Estados Unidos". Habían asesinado a Lucio Blanco poco tiempo antes y agregó: "Si usted cree que pueda estar en peligro, puedo ordenar que un detective esté pendiente de usted.
JW: Lucio Blanco fue asesinado en Laredo.
JBT: Por órdenes de Calles y de Obregón. De manera que siempre he sido amigo de los Estados Unidos, menos una vez que tuve que dejar de serlo, cuando el combate de El Chamizal, en Chihuahua. Pero allí ya son deberes de tipo militar.
JW: ¿Usted no tuvo nada en contra de los Estados Unidos, por los Tratados de Bucareli?
JBT: No, yo no tenía personalidad política sino militar. Acá, en mi fuero interno, siempre he tenido mi opinión contraria a la forma en que hicieron esos tratados.

Retorno a México en la época de Cárdenas

JW: Usted regresó a México en 1936. Y su familia, ¿se quedó, o se vino después?
JBT: Me vine solo por si tenían ganas de matarme, que me mataran solamente a mí. Un hijo me acompañó hasta el río Bravo, y de allí me vine solo.

Mi regreso fue *sui generis,* muy particular. Vi la declaración del Secretario de Gobernación, que decía que todo mexicano podía regresar al país, y me sentí mexicano, independientemente de cualquiera otra causa, y un día agarré mi cochecito y me eché a la bolsa el periódico donde decían eso, pensando yo que aquí habría un gobierno serio para que cumpliera aquello. Pues resultó que siempre no era tan serio para cumplir eso, porque me vine al puente, allí por Laredo, y los empleados de inmigración allí me detuvie-

ron. Estaban empeñados en que yo pidiera permiso al Presidente de la República, y al Secretario de Guerra y de la Defensa. Nunca pudieron conmigo y les dije: "Yo no les pido permiso para volver a mi país; no tengo que pedirle permiso a nadie. Pero también le advierto a usted", le dije al empleado, "que tampoco estoy dispuesto a darme un paso atrás del puente".

Y el hombre no sabía qué hacer, hasta que me dijo: "Bueno, pues entonces seré yo el que ponga el telegrama". "Usted póngale el telegrama a quien quiera", –pidiendo permiso– y lo puso.

Los veteranos de la Revolución fueron a esperarme allí, en Laredo, y hasta me llevaron allá para comer, y le pidieron permiso al señor de inmigración para que yo fuera a comer con ellos, mientras contestaban de México, era domingo.

Allá por las cinco de la tarde llegó la noticia de que yo podía pasar, cosa que no era ninguna novedad para mí, pero en fin, yo ya sabía que siendo mexicano qué podía pasar: que me mataran si querían, pero como mexicano tenía derecho a pasar.

JW: ¿Qué encontró al regresar? ¿Había cambiado mucho el país durante los años en que estuvo ausente?

JBT: Había cambiado, no el país sino la ciudad de México. Había unas autoridades del Distrito Federal de tipo progresista, sobre todo durante los gobiernos de Portes Gil y del general Abelardo Rodríguez. Hay algunas calles ahora que antes no existían, como la de San Juan de Letrán y la de 20 de Noviembre, y todas esas que se hicieron en esa época. De manera que fue la única transformación que vi, la de aquí de la capital. Pero el resto de la República permanecía más o menos igual.

JW: Al regresar usted, ¿se hizo usted amigo de Cárdenas por ser él enemigo de Calles?

JBT: Cuando supe que la administración de Cárdenas se inclinaba hacia el comunismo, o al radicalismo –no se precisaba que era comunismo pero sí un radicalismo– yo no estuve con él.

JW: Usted había conocido a Cárdenas por muchos años.

JBT: Antes, cuando él era oficial muy subalterno, yo ya tenía una categoría muy superior.

JW: ¿Y qué ideología tenía Cárdenas? ¿Leía mucho Cárdenas?

JBT: Él operaba en una zona distinta de la que a mí me tocó. Yo siempre actué en el norte, y él acá en Michoacán. Pero lo único que sabía de él era que traía un libro grande debajo del brazo, con tal que fuera ese libro de Engels y de Marx, los autores de la ideología comunista. Eso es todo lo que supe de él. Cárdenas nunca tuvo oportunidad de destacarse en lo militar; su actuación, en mi concepto, la ha hecho en el terreno político. Hay que reco-

nocer que, una vez que ocupó la Presidencia de la República, él sí desarrolló ampliamente una política que fue simpática al campesinado, y sigue contando con esa simpatía.

JW: Unos historiadores han dicho que Cárdenas fue el producto de la depresión y de la crisis mundial; que Cárdenas, después de la depresión y de la crisis mundial de 1929, llegó a ser muy radical, y casi hablaba y pensaba en términos marxistas, sin entender a Marx, sin haber leído a Marx. Pero, ¿cree usted que Cárdenas había leído a Marx y a Engels, y que él había tenido la misma trayectoria desde hacía muchos años?

JBT: Por eso dije antes, que, según me platicaron compañeros, Cárdenas siempre andaba leyendo.

JW: ¿Usted no lo vio?

JBT: No, porque yo estaba en una zona muy distinta. De manera que, según, eso sus inclinaciones siempre han sido las mismas, y por eso merece algún respeto.

JW: Si la trayectoria de Cárdenas era ésa, ¿por qué lo escogió Calles para que lo sucediera en la Presidencia?

JBT: Creo que Calles tuvo muchos errores, pero el más grande fue haber escogido a Cárdenas.

JW: Durante el periodo de Cárdenas, ¿qué trabajos hizo usted para vivir? Usted ya no siguió en el ejército.

JBT: No. Obtuve algunos contratos pequeños en el Departamento Central, a eso me dediqué. Tocó la suerte que el Oficial Mayor del Departamento Central era aquel secretario particular, el clásico secretario. Tuve unos contratos, siempre pequeños, porque no tenía capital para tomar contratos grandes. Si me daban los contratos de cien mil pesos o de medio millón, ¿con qué los hacía, si no tenía nada? Y en eso me ocupé hasta 1941, cuando don Manuel Ávila Camacho entró como Presidente de la República. Él me reingresó al ejército, con todos mis derechos, y que yo no había estado con él.

JW: Usted estuvo en contra de él. ¿Por qué?

JBT: Porque en mi concepto no representaba la Revolución; era un hombre que había ido ascendiendo en la política, en un medio político que le favorecía, hasta llegar a Secretario de Gobernación, y de allí a la presidencia.

JW: ¿Cree usted que después de la expropiación del petróleo por Cárdenas, el 18 de marzo de 1938, Cárdenas tuvo que actuar de una manera más conservadora? Al empezar la Presidencia de Cárdenas había muchas huelgas, y muchos problemas, al final de su periodo no hubo tantas huelgas, pero de todos modos había mucha oposición en contra de Cárdenas.

JBT: Yo estuve absolutamente de acuerdo con la expropiación de la industria petrolera. Pero no estuve de acuerdo con una cosa: que en los convenios de

la liquidación con las compañías petroleras se estableciera la obligación de México de pagar en dólares, porque ese convenio se iba a firmar aquí. Ese convenio debió de haberse firmado en pesos mexicanos, cualquier cantidad, pero en pesos mexicanos para aprovechar las devaluaciones.

Sobre Almazán, Ávila Camacho y Alemán

24 de junio de 1964
Ciudad de México

JW: Quisiéramos comenzar esta sesión de hoy, hablando de los problemas de México con las elecciones del 7 de julio de 1940. En la última entrevista tocamos unos puntos a este respecto, pero tal vez pudiéramos hacer un pequeño repaso. Podríamos hablar de los problemas más grandes de México al acercarse las elecciones, y de las personalidades de Juan Andreu Almazán y de Manuel Ávila Camacho, y de sus trayectorias, sus ideologías, para establecer lo que estaba pasando.

JBT: En mi concepto personal, la situación política de México en 1940 se debatía en forma tal que favorecía a un candidato independiente: al general Almazán. El aspecto popular estaba de su lado, pero, el gobierno de la República que a la sazón estaba en manos del general Cárdenas, se manifestaba en forma contraria, y en esa disyuntiva el gobierno de los Estados Unidos apoyó la candidatura propuesta por el general Cárdenas, que fue la del general Ávila Camacho. Ávila Camacho no contaba con la popularidad necesaria para haber obtenido el puesto en forma democrática, pero el apoyo del gobierno y el reflejo del apoyo del gobierno de los Estados Unidos hicieron que el triunfo recayera en el general Ávila Camacho, que por cierto era un hombre poco conocido ante la opinión pública. Sin embargo, a la postre nos sorprendió su manera de ser favorable al país, y aun los que lo habíamos combatido, reconocimos que era un hombre en cierto modo conveniente para México, es decir, ya siendo Presidente. Pero, como dije, no entró por el triunfo de su candidatura, porque la opinión popular designaba al otro candidato, a Almazán. Eso, por una parte y, por la otra, este hombre, me refiero a Almazán, por razones inconfesadas, no supo reclamar su triunfo, sino que se dio por vencido ante la situación creada por el apoyo decidido del gobierno en favor del otro. Así, entró el general Ávila Camacho en 1940 al puesto de Presidente de la República, y en ese año el mundo estaba en guerra; la Segunda Guerra Mundial había comenzado en 1939 y Ávila Camacho entraba como presidente el 1 de diciembre de 1940.

JW: ¿Toda la oposición apoyó la candidatura de Almazán?
JBT: Sí, la más importante del país; el sector más importante de la oposición estuvo con este hombre.
JW: ¿Cuáles grupos políticos estuvieron con él?
JBT: Entonces no había grupos políticos definidos, no había partidos; ésos se fundaron después, los fundamos después, entre ellos el que presido. Pero fue mucho después de eso. Entonces no había más que la opinión general, por una parte y, por otra, el gobierno.
JW: ¿Quiénes fueron los líderes destacados que respaldaron a Almazán?
JBT: El licenciado José Vasconcelos, don Emilio Madero, y algunos otros fuimos de segunda, tercera línea; pero a mí me tocó también tomar parte del lado de los intereses de los independientes, como he estado siempre, aunque no me gustara mucho el candidato.
JW: ¿Cómo pudo el gobierno, el partido oficial, hablar de la Revolución si uno de los Madero estaba con la oposición? ¿No tuvieron problemas en este sentido los del gobierno?
JBT: Precisamente era lo que reclamaba el maderismo, y una gran parte del carrancismo, porque se le negaba personalidad revolucionaria al candidato del gobierno, y una gran parte del elemento revolucionario, que entonces era mucho más numeroso que lo es hoy –actualmente ya faltan muchos–, estuvimos del lado independiente.
JW: Se ha hablado mucho de la familia revolucionaria, y de los intentos del partido oficial para mantener la familia revolucionaria en armonía. ¿Cree usted que Cárdenas logró hacer tal cosa, o dejó a un lado a muchos revolucionarios que debieron haber estado en el gobierno, participando, aconsejando? ¿Cree usted que debieron haber ocupado puestos en el gobierno?
JBT: La tendencia de Cárdenas para inclinarse hacia el radicalismo y al extremo que nosotros llamamos "comunismo", bien definida entonces, y creo que hoy todavía, nos excluyó a muchos hombres de la Revolución a que cooperáramos con Cárdenas, porque la inmensa mayoría de los hombres de la Revolución no teníamos por qué ser –y nunca lo hemos sido– comunistas. Hay casos aislados, que hicieron que Cárdenas formara su gobierno con gentes ajenas a la ideología revolucionaria; por su inclinación bien marcada hacia el izquierdismo, llamado comunismo.
JW: Cárdenas tuvo a su lado al general Heriberto Jara y al general Múgica, que fueron diputados constituyentes. Tal vez ellos creyeran que llevaban la trayectoria verdadera de la Constitución de 1917. ¿Quisiera comentar algo sobre eso?
JBT: Ya dije que casos aislados pudieron estar con Cárdenas, pero la inmensa mayoría estábamos opuestos a él, y ese movimiento voy a definirlo: ese

movimiento de 1940, más que almazanismo, era anticardenismo. Yo así lo estimé, pudimos ver que las grandes masas estaban con Almazán. Pero, vuelvo a repetir, mi convicción muy íntima era que más que almazanismo era anticardenismo. Con eso le pongo punto final, porque eso lo dice todo.

JW: Se ha dicho que Almazán no tenía una trayectoria revolucionaria constante.

JBT: Por ciertos aspectos de su actuación del pasado, en aquella época no era grato porque sirvió a Huerta. Almazán fue de los iniciadores de la Revolución, allá en 1910. Pero más tarde, cuando Madero fue depuesto por Huerta, Almazán se le unió y entonces se volvió antipático ante la opinión.

JW: ¿No se veía un poco raro que un Madero, uno de los de la familia de Madero, estuviera al lado de Almazán? En la historia pueden pasar muchas cosas, pero esto parece un poco raro.

JBT: ¡Usted lo ha dicho! En la historia muchas cosas pasan, algunas muy raras.

JW: Entonces el anticardenismo de usted lo obligaba a ser almazanista.

JBT: Era tal el anticardenismo que muchos, como Madero y yo, y otros, no habiendo más elemento independiente, nos hicimos almazanistas.

JW: Antes, en 1934, ustedes habían favorecido la elección de Cárdenas a la Presidencia. ¿Tuvieron esperanzas de que Cárdenas acabara con el callismo?

JBT: Yo no intervine en eso, en esa época estaba desterrado en los Estados Unidos.

JW: ¿Cuál era la opinión personal de usted?

JBT: No se podía pensar que Cárdenas fuera el que acabaría con Calles. Cárdenas solamente hizo dos cosas grandes para nuestro país: la expropiación de la industria petrolera, y la expulsión de Calles del país.

JW: ¿Y la repartición de la tierra?

JBT: La repartición de la tierra fue algo incompleto, y en algunos casos fue de resultados fatales, como en La Laguna en Yucatán.

JW: Después de las elecciones de 1940, de nuevo fue usted con otros revolucionarios a hablar con el presidente Cárdenas, así como usted había hablado en 1920 con Carranza. De hecho, comparamos su actuación de hablar siempre de parte de la oposición con los presidentes, como lo hizo en 1920 y 1940.

JBT: Nosotros, que habíamos estado con el almazanismo como factor independiente, solicitamos, después de las llamadas "elecciones", una entrevista con Cárdenas, la cual se llevó a cabo el 24 de agosto de 1940. El primero de septiembre de ese año se reunirían las cámaras. En esa entrevista me tocó en suerte llamarle atención a Cárdenas sobre la postura del gobierno ante las elecciones, y tuve el alcance de invitarlo a que se presentara, en cumplimiento de un mandato constitucional, a rendir su informe el primero de agosto de ese año, no ante la Cámara, esa que no había sido electa, sino ante un congreso que teníamos nosotros los independientes, aquí en Tacuba. Yo

le dije: "Nosotros traemos la misión expresa de invitarlo a usted a que se presente el primero de septiembre, en cumplimiento de un mandato constitucional, ante el congreso legítimo de la nación que está establecido en Tacubaya". Yo fui el que hablé sobre eso.

En esa entrevista, Cárdenas me contestó que él no reconocía más congreso que el que se reuniera en el recinto oficial. Le dije que así daría cuentas ante el congreso legítimo de la nación –que era el que teníamos nosotros– y Cárdenas me respondió: "Pues ya le dije a usted que yo no reconozco más congreso que el que se reúne en el recinto oficial". Y entonces le dije: "Está usted confundiendo lamentablemente la legitimidad de un congreso, con el local en que se reúnen los miembros. En estos momentos vienen a mi memoria dos congresos históricos, por los cuales el pueblo mexicano no sólo siente respeto sino admiración, que son el Congreso de Chilpancingo, en la época de la Independencia y el Congreso de Querétaro, al triunfo de la Revolución en la que usted y yo tomamos parte, y ninguno de esos dos congresos se reunieron en recinto oficial y, sin embargo, no hay mexicano que tenga un dedo de frente que piense que los acuerdos tomados en esos congresos son nulos y sin ningún valor".

JW: ¿Cuál fue el resultado?

JBT: Después de esa entrevista, como no llegamos a ningún acuerdo, nos despedimos de él.

JW: ¿Y de esa campaña surgió la idea de formar un nuevo partido?

JBT: No. Todavía no, porque como se había formado un gobierno con el que no estábamos de acuerdo, pues por lo pronto no se pensó en la formación de algún partido.

JW: Después, usted tuvo parte en el gobierno de Ávila Camacho.

JBT: Ese hombre, tengo que decirlo, a pesar de que lo combatí, él reconoció mi categoría en el ejército, después de haber estado yo desposeído de mi categoría (que nadie me había regalado, porque yo había luchado cinco años constantemente en la Revolución). Ávila Camacho, a pesar de no ser mi amigo político, tuvo la generosidad de llamarme para decirme que reconocía mis modestos méritos y que iba a dar orden de que yo reingresara al ejército nuevamente, con todos los derechos.

JW: A usted lo dieron de baja en 1927.

JBT: En 1927 había sido dado de baja, porque no apoyé la reelección de Obregón. Y en abril de 1941 (Ávila Camacho entró el primero de diciembre de 1940), el presidente dio orden de que yo reingresara al ejército, con la categoría que había alcanzado muchos años antes.

JW: Entre 1940 y 1946, ¿qué hizo usted? En 1941 reingresó al ejército y desempeñó su puesto.

JBT: No, únicamente reingresé, hasta allí llegó la generosidad del señor presidente, no podía pasar más adelante. Pero yo me ocupaba de pequeños contratos de trabajo, porque soy ingeniero de origen, en el Departamento Central, durante todo el periodo de Ávila Camacho, hasta 1946, cuando entró el licenciado Alemán.

JW: Durante el periodo de Miguel Alemán, ¿qué hizo usted?

JBT: Entonces estuve con el licenciado Alemán, apoyándolo. Alemán fue hijo de un revolucionario del estado de Veracruz, hombre que murió en la lucha, y tenía títulos bastantes, por esos antecedentes, para que yo pensara que el hijo sabría defender la causa de la Revolución. El padre de él había sido fusilado, por eso estuve con Alemán.

JW: ¿Y en la elección de 1952?

JBT: Entonces entregó Alemán el poder al señor Adolfo Ruiz Cortines.

JW: ¿Cuál es su opinión acerca de la actuación de Alemán?

JBT: Siempre tuve la mejor impresión personal de él, de su persona, y la tengo todavía; no así de los que estuvieron a su lado, porque esos hombres fueron muy voraces. Se formó un grupo que absorbió todos los negocios importantes de la nación y que se enriquecieron en forma inusitada. Yo siempre estuve contra ese grupo.

JW: ¿Quiénes fueron las personas de ese grupo?

JBT: Pues fueron muchos: el alemanismo en general, desde los muchos que estaban cerca de él, y otros que estaban lejos. En mi concepto, esa fue la falla del alemanismo, la selección de hombres, que resultaron todos muy voraces para los intereses de la nación. Yo siempre juzgué a Alemán separadamente, pero él fue muy complaciente con ellos.

JW: Y en su trabajo, el trabajo de Alemán en la presidencia, ¿cuáles fueron las cosas más importantes que hizo?

JBT: En mi concepto, Alemán sacó a la nación del criterio heredado de épocas pretéritas de la Colonia, la inclinación hacia la obra pequeña. Alemán dio la impresión al país de que fue el hombre que emprendió las obras más grandes que desde su época para acá se han iniciado. Esto se sabe. Dos de ellas, de mil millones cada una, como son las presas de Papaloapan, en el estado de Veracruz y la de Tepalcatepec, en Michoacán. El costo de ambas obras fue de mil millones de pesos cada una. Y esa fue la pauta de su gobierno; lo principal es que sacó al país del ambiente de la obra pequeña y lo impulsó a saltar hacia la obra grande.

JW: En el programa mínimo político que formaron usted y sus colaboradores, en 1954, para el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, usted habla de que una de las necesidades de la nación es la elevación del Departamento de Asuntos Indígenas a la categoría de Secretaría de Estado, para

satisfacer las exigencias y las necesidades económicas, sociales y culturales de una quinta parte de la población de México. Hay personas que creen que Alemán, al suprimir el Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas, causó mucho daño a la causa del indigenismo, porque el instituto que lo sustituyó no fue suficiente. ¿Quisiera hablarnos sobre este problema? Los cardenistas han dicho después que Alemán no quiso ayudar a los indígenas, sino que los dejó a un lado, y dicen que frenó la reforma agraria, lo que causó mucho daño al país.

JBT: Tengo una impresión contraria a ese respecto. El indigenismo en nuestro país se ha interpretado siempre en forma distinta de la de ustedes. En los Estados Unidos esta la política: "A dead Indian is the best Indian". Pero para nosotros no fue así, porque aquí tenemos una población indígena sumamente numerosa: más de ocho millones de indígenas puros. Aplicar la política de ustedes hubiera conmovido al mundo. De manera que por eso digo que la política nuestra ha sido más racional, desde el punto de vista humano. Aquí hemos seguido la idea contraria, tratar de incorporar al indio a la civilización. Naturalmente que la lucha ha sido ardua y difícil, porque el indio se ha opuesto a entrar a la civilización. Pero el esfuerzo de la población mexicana, el de la población pensante, ha sido vencer esa oposición, y entiendo que actualmente se está consiguiendo mucho.

JW: ¿No cree usted que Alemán se haya equivocado al suprimir el Departamento Indigenista? Alemán no era de la opinión de crear, como ustedes querían, una Secretaría de Asuntos Indígenas. Alemán acabó con todo eso y lo repuso con un instituto pobre. Ya no existe tal departamento, el Departamento de Asuntos Indígenas terminó.

JBT: Esa idea de menospreciar al indio nunca ha prevalecido en México. Las hordas salvajes, de épocas pasadas, que combatían con los descendientes de los blancos, eso ya quedó terminado hace muchos años, De entonces para acá ha privado la otra idea, la que yo sostengo.

El sentido de la Revolución y la fundación del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana

JW: Se puede hablar de dos tipos de revolucionarios: primero, el tipo de revolucionario que quiere hacer una revolución en términos económicos y cree que la revolución se hace para estimular la economía de la nación. En otras palabras, no se pueden permitir huelgas, porque dañan a la economía; no se puede gastar tanto en seguro social, porque la economía sufre; entonces hay necesidad de invertir el dinero del país en la industria pesada, en

obras hidráulicas, en caminos, en comunicaciones, en ferrocarriles, en crear trabajo para que todos puedan trabajar, con el objeto de que el trabajo que se ha creado estimule y excite la economía, y así todo pueda progresar rápidamente. El otro tipo de revolucionario es el que busca la socialización; el que quiere gastar el dinero del país en beneficios inmediatos para el trabajador y para el maestro; el que quiere permitir las huelgas y no está tan interesado en la industria pesada, sino en dar a cada quien su pequeño pedazo de tierra, para que él pueda tener un aliciente para su vida y su familia, dejando de ser un peón y tener que trabajar para un patrón. Parece que Cárdenas representa al revolucionario social y Alemán al revolucionario económico, que tuvo otras metas para impulsar el país. Para usted, ¿cuál camino sería el mejor?
JBT: Usted ha tocado un punto muy importante. Efectivamente, dentro del concepto general de revolucionario caben esas dos tendencias, porque la Revolución puso sus dos aspectos; en la Revolución que inició Madero, él no habló de principios de orden social, al contrario, únicamente invocó principios de orden político. Faltaban libertades del orden político en México, y los líderes de la Revolución invocaron esa falta. En esa lucha se llamó al pueblo, para luchar y conseguir esa libertad. Hasta allí la acción de Madero, que fue victoriosa en ese aspecto. Pero vino el movimiento de 1913 y entonces apareció la otra tendencia: la del beneficio social para el pueblo mexicano. Y los principios inherentes al desenvolvimiento social del país se deben a don Venustiano Carranza, ya desde 1913. Con él me tocó estar desde el primer día y luchar por esa causa. De suerte que la Revolución tuvo sus dos vertientes y las dos tenían su razón de ser. Era necesario barrer con los obstáculos que se oponían a las libertades políticas y Madero inició ese aspecto. Para Carranza ya había pasado ese aspecto y él fue el que inició el otro aspecto. Unos y otros eran necesarios, se complementaron. La Revolución no triunfaba con un solo aspecto, ni podía iniciarse la revolución social, si antes no había sido vencido el aspecto político. De suerte que se explica perfectamente por qué dos hombres muy distintos fueron los que iniciaron las dos ideas, bien distintas, pero que en el fondo eran complementarias, la segunda no podía ser sin la primera. En 1913 empezamos a luchar con las ideas nuevas del orden social, en materia de trabajo y en materia agrícola. Fue el señor Carranza el que, en el orden social, inició principios que están todavía por cumplirse, y en el orden agrícola él expidió una ley, el 6 de enero de 1915, que a la postre es la que ha venido privando. Creo haber definido los dos aspectos de la Revolución.

Y dentro de esos dos grandes conceptos, naturalmente el personal lo éramos todos. Así surgió el zapatismo, que no tenía más que un concepto

ideológico revolucionario: el de las tierras, aspecto muy importante, pero que no lo era todo. Faltaba el otro aspecto, el del trabajador social, personal, el aspecto higiénico, el aspecto educativo; todo eso pertenece al aspecto social.

Después de más de cincuenta años, todavía estamos luchando por esos aspectos. El presidente actual, don Adolfo López Mateos, ha sido uno de los hombres que más ha comprendido la necesidad que se cumplan esos pensamientos, y ha luchado mucho por eso. Pero como es tan grande el problema, éste no está totalmente resuelto. Esa es la razón de la existencia del partido que fundé, porque quiero que me alcance la vida para ver que aquellos principios se cumplan, porque lamentablemente tengo que reconocer que todavía falta mucho por cumplirse.

JW: Usted entró al Senado en 1952. Durante su periodo en el Senado, usted pronunció algunos discursos que causaron cierto escándalo, por ejemplo, el del 14 de octubre de 1952, en contra de los monopolios. Y el del 7 de febrero de 1953, cuando criticó a la burocracia, en el Palacio de Bellas Artes.

JBT: En mi discurso del 14 de octubre de 1952, censuré la pretensión del gobierno de monopolizar la industria cinematográfica, siempre he sido enemigo del monopolio. Levanté mi voz allí y el pueblo estuvo conmigo e hizo manifestaciones afuera, atacando al monopolio. Había un artículo en la ley que proponía el gobierno que decía que todos los aspectos de la industria serían tratados por la Secretaría de Gobernación, por el Estado. Naturalmente, yo no podía estar conforme, pues uno de los aspectos, ya en tono festivo, diré yo —y allí lo dije también— era que si el gobierno había de intervenir en todos los aspectos, que ya tendría que estar interviniendo hasta en las caras de las actrices; y si les parecían feas, entonces ellas no tendrían derecho a nada. ¿Qué clase de justicia era esa? Mi discurso iba en contra del monopolio, porque el artículo 128 de la Constitución dice que en México no habrá monopolios ni estancos de ninguna clase, y yo pedía que se cumpliera eso, que no se aprobara esa ley de la industria cinematográfica concebida en términos tan inconvenientes como eso de intervenir en todo, y que era contrario al espíritu del artículo 128.

JW: ¿Cuál fue la reacción en el Senado ante su discurso?

JBT: Tuve que decir algo fuerte contra esa gente que estaba decidida a apoyar la iniciativa de ley en esa forma. Pero como eran muchos y yo estaba solo, a la hora de la votación me ganaron el punto. Pero el pueblo estaba conmigo y hubo manifestaciones allá afuera, y hasta colgaron algunos "judas", como los llamamos aquí, frente a la Casa del Senado. Me acuerdo que ponían efigies con letreros de monopolio de esto y monopolio de lo otro, y los quemaban afuera, haciéndose eco de lo que yo decía adentro.

JW: ¿Y el otro discurso, el de 1953, en contra del partido oficial?

JBT: Resultó que era yo Senador, y se realizaba una convención del partido oficial, del PRI, en el Palacio de Bellas Artes y se sucedieron varios oradores. Todos ensalzando la labor del PRI. Pero tuvieron la mala fortuna de invitarme –yo estaba por allí– a que pasara a la tribuna. Naturalmente que mientras caminaba hacia la tribuna, iba pensando, "éstos no saben lo que van a escuchar". Y entonces les dije, entre otras cosas, que el pueblo no podía esperar que ese partido fuera el que defendiera la Revolución Mexicana, puesto que hasta esos momentos, y bastante después, no había hecho otra cosa que violar constante y sistemáticamente los principios de la Revolución. Hasta llegué a proponerles que le cambiaran el nombre al partido, que no podía ni debía llamarse revolucionario. Allí se armó la bronca, pero a mí no me importaba. Como habían puesto un altoparlante para la calle, en la avenida Juárez, y pasaba una cantidad de gente enorme, empezaron a oír el discurso que yo pronunciaba adentro, y entonces toda esa gente entró al Palacio de Bellas Artes. Allí adentro había mil delegados del Partido y yo no tenía más que dos amigos, que habían ido conmigo. Miré los mil delegados en contra mía, pero que va entrando una avalancha de la calle y todos se ponen a mi favor, y como yo seguía hablando y lo que trataba era algo que se imponía, porque era la evidencia, pues a medio discurso ya la mitad de los delegados estaban conmigo también y aplaudían. De manera que así sucedió ese asunto.

JW: Fue un gran escándalo. Y Ruiz Cortines, el presidente, ¿le había prometido a usted que él también deseaba acabar con el partido oficial en 1953?

JBT: El día que protestó Ruiz Cortines como Presidente de la República, con su mano en alto, dijo, entre otras cosas: "Combatiremos a los monopolistas, aniquilaremos a los hambreadores". Todo el mundo aplaudió; aplaudimos porque aquello cayó ante la nación como una cosa que iba a ser nueva. Pero cuál va siendo su sorpresa, que a los ocho días de estar en el gobierno se había convencido el presidente que los monopolistas y los hambreadores eran los que lo habían llevado al poder. Ya no pudo hacer nada.

JW: Entonces usted salió un poco decepcionado de Ruiz Cortines.

JBT: Pero eso fue por un motivo posterior. Cuando vinieron las elecciones de Coahuila, el pueblo de ese estado me propuso como gobernador, y con razones que no son de mencionarse porque afectan a mi manera de ser. Ruiz Cortines se opuso, a pesar de que tenía cientos de telegramas donde el pueblo de Coahuila me proponía. Yo soy de ese estado y me proponían para el gobierno. Pero el Presidente, a pesar de mis antecedentes, se opuso a eso y pensó que otra persona fuera al gobierno de Coahuila; él creyó que el problema político que se venía, se resolvería llevando a un Madero allí.

Ruiz Cortines necesitó que transcurriera mucho tiempo para darse cuenta del error que había cometido, porque los resultados de la gestión del que fue en mi lugar no fueron muy satisfactorios para el pueblo de mi estado, a pesar del apellido. Hasta allí, porque hasta parientes míos son esas gentes.

JW: Es evidente que desde 1920 el Gobierno Central ha escogido a todos los gobernadores de los estados.

JBT: Esa es una cosa a la que siempre me he opuesto. Yo sigo sosteniendo el principio de que todo el que desempeñe un puesto público sea producto de la elección popular.

JW: Por eso ustedes fundaron el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), en 1954.

JBT: ¡Exactamente! Viendo que desde la época de Calles se había formado un partido que se llamó "Partido de la Revolución" y que ha tenido diversos nombres, pero que en el fondo es el mismo. En esa época ya se había formado una casta de hombres, de políticos que en cierto modo resultaban privilegiados, porque eran los dueños y señores de la política del país. Y en este país nuestro, como en todos los países de Hispanoamérica, todo está ligado a la política. De manera que el grupo que maneja la política es el grupo que maneja los intereses de la nación.

JW: En 1954, usted lo había dicho en su programa.

JBT: Fue cuando tuve la idea, con un grupo que se me fue agregando, de formar primero la Asociación Política Revolucionaria y, cuando había tomado fuerza eso, concebí la idea de llevarlo a partido político nacional. Pedí el registro de este partido, y después de un estudio que hizo la Secretaría de Gobernación sobre los elementos que teníamos en todos los estados —entonces se requerían setenta y cinco mil miembros—, viendo que nosotros, en esos momentos, cumplíamos con creces la exigencia legal, fuimos reconocidos el 5 de julio de 1957 como partido oficialmente registrado.

JW: Usted hubiera sido un gobernador muy peligroso, porque usted había atacado al partido oficial, y en su programa mínimo político de 1954 usted quería que se estableciera el sistema federal, en donde la política del municipio fuese libre, y que se suprimieran todas las prácticas viciosas de bloques y comisiones de políticos en el control. Usted constituía un peligro para el partido oficial porque, ¿cómo podían escogerle para gobernador de Coahuila si ya tenía un respaldo popular?

JBT: Usted ha dicho con razón que me consideraban peligroso. Pero peligroso, ¿por qué?, ¿debido a que apoyo los principios por los que la nación luchó? Si así fuera, ustedes tendrían que condenar a Washington, por haber ido a la guerra y que se murieran algunas gentes. Por eso no me pueden condenar.

JW: En 1927, usted hizo la guerra en defensa de sus programas políticos. ¿Cuándo se decidió usted a no rebelarse en contra de las elecciones del gobierno? ¿Tenía usted pensado hacer una revolución en 1940?

JBT: En 1940 yo sentía que la revolución armada no era oportuna, y encaminé las cosas por el lado político: luchar en la política. Por eso acabé por llegar a tener lo que tengo ahora –que no lo tengo yo, lo tiene la opinión que está conmigo–, ese partido político que se llama Auténtico de la Revolución. En 1940 no era oportuna la lucha armada, en mi concepto había pasado ese momento. Por eso busqué acogerme a la lucha política, para ver si por medio del convencimiento, de la razón, mi causa un día llegaría a privar. Y sigo luchando por lo mismo, para que algún día llegue a privar el pensamiento original de los dos hombres grandes de la Revolución: el de Madero y el de Carranza.

JW: En las últimas dos elecciones el PARM ha apoyado al candidato del partido oficial: Adolfo López Mateos en la penúltima, la última a Díaz Ordaz.

JBT: El partido que fundé apoyará siempre al hombre que ofrezca defender los principios de la Revolución. El día que uno de esos hombres se salga de eso, no tendrá el apoyo de mi partido. Hasta ahora todos los que hemos apoyado han levantado la bandera de la Revolución, por eso estamos con ellos; por eso estamos con el candidato actual. Esa es la razón.

JW: Ustedes se han dado cuenta que no pueden ganar, que probablemente no puedan ganar la presidencia sin ir a una revolución. Ustedes se han dado cuenta que un partido político puede ofrecer oposición, pero que no tiene la fuerza para ganar la presidencia. En cambio, sí pueden ganar posiciones en el Senado y en la Cámara, en todo el Congreso.

JBT: No nos importa el poder por el poder mismo. Nos importa el imperio de los principios de la Revolución Mexicana. Si un hombre se inicia bajo esa bandera, nosotros estamos con él; por eso apoyamos a los candidatos que han ofrecido defender la Revolución.

JW: Algunos críticos dicen que hay ironía en lo que usted dice, y que los del Partido Auténtico Revolucionario se oponen al partido oficial y la burocracia, pero que apoyan al candidato oficial para la presidencia.

JBT: Nosotros podemos apoyar al Presidente de la República, cuando ha ofrecido defender a la Revolución y luchar por ella para implantar sus principios. Una forma de asegurar la defensa de nuestra ideología es tener representantes en las cámaras para allí seguir defendiendo nuestra causa.

JW: En 1958, con López Mateos, ¿entraron muchos del PARM al Congreso?

JBT: No, solamente uno.

JW: ¿A la Cámara de Diputados?

JBT: Sí. Pero eso no importa, al contrario, favorece nuestra actuación.

JW: ¿Y la nueva ley electoral?
JBT: No estoy conforme.
JW: ¿Ustedes deberían tener más representación en la Cámara de Diputados?
JBT: ¡Seguro!, y la tendremos ahora, poco a poco.
JW: ¿Cuántos diputados piensan que van a tener?
JBT: Pudieran ser veinte o más, donde haya un hombre de los nuestros, allí estará siempre la misma causa y la defensa de la causa.
JW: Usted no está conforme con la nueva ley electoral, ¿por qué?
JBT: No lo estoy, ni lo puedo estar, porque en ella se ha dicho "diputados de partido". No entiendo eso ni acepto nada de eso. El diputado debe ser un producto de la voluntad popular, no de partido.
JW: Pero usted está en contra de algo que pudiera favorecerle mucho.
JBT: Estoy en contra de todo lo que no debe ser.
JW: ¿Cuándo estuvo usted en la Cámara de Diputados?
JBT: En 1917 y 1918, en la XXVII Legislatura.
JW: Y después usted fue senador, de 1952 a 1958. En 1957, al perder usted las gestiones para obtener la gubernatura de su estado natal, usted llegó a ser gerente de Puertos Libres Mexicanos, una de las agencias descentralizadas del gobierno.

PUERTOS LIBRES MEXICANOS Y EL PARM

JBT: Aquí estoy, todavía haciendo uso de ese nombramiento que se me dio.
JW: ¿Qué fines tiene Puertos Libres Mexicanos?
JBT: Es una de las instituciones descentralizadas que pueden llegar a ser de lo más grande en nuestro país. Día llegará en que el número de puertos libres será mucho mayor de lo que es ahora.
JW: ¿Qué quiere decir "puertos libres"?
JBT: Puertos Libres es una institución establecida en ciertos lugares donde existen terminales de todas las vías, de todos los transportes: marítimos, ferrocarrileros, aéreos. Es una institución que favorece las industrias que se establecen dentro de su jurisdicción y que tienen, o se les dan facilidades, para que prosperen, para que produzcan. La industria que se establezca en un puerto libre puede importar, si no la producimos en México, toda la maquinaria que necesite para producir y no paga ningún derecho. Actualmente hemos demostrado lo grande que puede ser un puerto libre cuando se maneja con miras de progreso. El puerto de Coatzacoalcos es un gran puerto, que hace unos quince o dieciocho años sólo aportaba a la nación, por impuestos de importación, la exigua cantidad de 200,000 pesos; hoy

está produciendo ciento sesenta y tantos millones de pesos al año. El puerto de Salina Cruz no producía nada y hoy genera de 34 a 36 millones de pesos al año, de la industrialización de un solo renglón: la industria del camarón. Esto da idea de lo que pueden ser otros puertos que los hagan libres algún día.

JW: ¿Cómo está Salina Cruz?

JBT: Tengo allí once industrias dentro de la institución, y he construido obras por más de cuatro millones de pesos, fundando un varadero para la reparación de toda la flota pesquera, que se compone de más de cien barcos pesqueros. Antes no había nada de eso. Ese puerto era un pueblo sin importancia, una playa desierta habitada por unos cuantos pobres pescadores. Hoy tiene más de quince mil habitantes, las calles pavimentadas y podemos reparar una flota de hasta 170 y tantos barcos menores.

JW: ¿Qué opina usted de un proyecto del que se habla en los Estados Unidos, de construir un canal en el istmo de Tehuantepec?

JBT: Estoy en contra de la construcción de ese canal.

JW: ¿Aunque en su totalidad fuere construido por México y mantenido por México?

JBT: No quiero otro "Panamá" en mi país.

JW: ¿Y si México construyera el canal con dinero propio?

JBT: El día en que México lo pueda hacer con sus propios elementos, estaré de acuerdo. Mientras tanto puede resolverse el problema de otra manera: aumentando los transportes por ferrocarril de Puerto México a este otro, y con grandes unidades de camiones para llevar la carga procedente del este de los Estados Unidos, en "bond". Llegan a Puerto México, lo llevan a Salina Cruz, de Salina Cruz hasta San Francisco, a la tierra de ustedes.

JW: Sería muy costoso.

JBT: No, es más costoso el canal. Ya tenemos en pequeño eso, pero propongo que se haga una cosa en grande. Esos transportes, convoyes muy grandes, y una carretera especial que pueda soportar cargas de camiones de veinte toneladas, y en unas cuantas horas estarían de Puerto México acá, del Golfo al Pacífico.

JW: En la actualidad no hay mucho tráfico de este tipo.

JBT: Todavía no hay mucho, pero lo resolvemos en otra forma: toda la carga blanca y el azufre; la carga blanca del sureste del país está saliendo por este puerto, y ya empezamos a exportar algodón de Chiapas a Japón.

JW: Coatzacoalcos está en el Golfo, y Salina Cruz en el Pacífico.

JBT: Exacto. Pero ya le digo que soy contrario a la construcción del canal, hasta que lo podamos hacer los mexicanos. No veré eso, pero lo dejo a la determinación de un futuro gobierno.

JW: Hablando de esta agencia descentralizada, ¿en qué condiciones económicas está? Muchas de las agencias descentralizadas no acusan un saldo muy favorable. Por ejemplo, ferrocarriles pierde mucho dinero al año.

JBT: Ya que me hablan ustedes de que su impresión es que hay muchas instituciones descentralizadas en mi país que acusan déficit, puedo decirle con gran satisfacción que esta institución que está a mi cargo, no se encuentra en ese caso de déficit. Por el contrario, tiene superávit. Como dato voy a mostrarle a usted lo que dice con esta fecha que usted lee allí: "Fondos disponibles", hoy, 24 de junio. Son dos millones, más 200 y tantos mil pesos. Estos son los fondos disponibles después de haber invertido 10 millones de pesos en obras. Y para que no diga usted –esto que le voy a decir valía más que no lo impresionara– aquí está este edificio en que nos encontramos.

JW: En su movimiento de fondos de fecha 22 de marzo de 1957, veo la cantidad de 663 mil pesos.

JBT: Ese día tomé posesión y me entregaron esa cantidad.

JW: Entonces han aumentado casi cuatro veces.

JBT: Cuando me vaya de aquí, entregaré, algo que es un poco distinto de lo que me entregaron. Este dato se lo di a usted, porque estoy hablando con un extranjero, para que no regrese usted a su país con la impresión de que aquí todas las agencias descentralizadas están quebradas.

JW: Hablando de su posición como Vocal Ejecutivo de Puertos Libres Mexicanos, ¿no cree usted que su puesto en una agencia descentralizada comprometa su posición como líder de un partido de oposición?

JBT: Hasta ahora he podido apreciar que no me compromete ni afecta en lo político, y en el puesto que desempeño, puesto que el gobierno mismo sabe quién soy yo, y cómo soy, me hace el favor, si no de quererme mucho, sí de tolerarme.

JW: Algunas personas han criticado a usted y a su partido. Dicen que aunque usted haya estado en la oposición desde antes de su exilio en 1927, en los últimos años, desde 1957, el gobierno con estas agencias descentralizadas puede casi comprar la amistad de las personas que las ocupan. Pero usted mismo dice que el gobierno no tiene relación con el desempeño de su puesto aquí.

JBT: No desconozco que ésta es una empresa de participación estatal; es decir, que todos los intereses que cuido aquí son de la nación y que para mí los intereses de la nación siempre han sido más respetables que los míos propios. De suerte que dentro de ese criterio hasta hoy, 24 de junio de 1964, ustedes me ven desempeñando este puesto. ¡No sé si de mañana en adelante será otra cosa! Pero yo, cuando un gobierno cualquiera de mi país no esté conforme con algo de lo que yo haga aquí, traigo mi renuncia en la bolsa para salir.

JW: Con cada cambio de régimen presidencial, ¿tiene usted que vencer algún problema, o usted sigue automáticamente en su puesto?
JBT: Aquí siempre hay ese problema. Muchas veces, aunque sea contrario a la ley, y digo esto porque en este puesto y en otra institución que se llama el Tribunal Fiscal, son los dos únicos puestos del país en que se entra por plazo fijo, por cinco años, al cabo de los cuales, si no recibe una orden de salir, se considera prorrogado por otros cinco años. Eso dice la ley, sin embargo, ustedes habrán comprobado que muchas cosas de las que dicen las leyes, no solamente en el país de ustedes sino en el nuestro también, se quedan en dicho. Pero yo no hago mucho caso de lo que dice la ley. En ese sentido, para mí el límite de mi estancia aquí, vuelvo a repetirlo, para que sea el punto final de esta tan grata entrevista con ustedes, cuando me diga el gobierno, o me haga una observación sobre mi manera de comportarme aquí, tanto en lo económico como en lo político, no necesito lo del periodo de cinco años, sino que ese mismo día dejo de estar aquí.
JW: Quisiera hacerle una pregunta más acerca del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana. ¿Puede usted distinguir y contarnos cómo su partido se compara con otros partidos que están registrados con el gobierno, el PPS por ejemplo, y con el PAN, y también con el otro partido que acaba de perder su registro, el Partido Nacionalista de México.
JBT: Mi partido es de ideología contraria a todos los partidos existentes. Somos contrarios al PRI, que es el mayoritario, por su forma indebida, en mi concepto, de defender la Revolución Mexicana. Somos contrarios al PAN porque defiende el aspecto tradicional en política del país, porque es parte del partido conservador, el que siempre ve hacia el pasado, pensando siempre que lo de ayer fue mejor. Como nosotros somos de la Revolución, defendemos la Revolución y entendemos que el concepto de revolución es "dinamismo", no podemos estar con aquello que tiende a estancarse. Por lo que hace al Partido Popular Socialista, en mi concepto lo que ha hecho es encubrir lo que verdaderamente son sus partidarios, comunistas. Estamos contra esos, ciento por ciento en contra del comunismo. De manera que he dejado definida la situación de mi partido con respecto a los otros tres.

El Nacionalista, en mi concepto, no tenía ideología definida, y hoy por hoy ya dejó de existir.
JW: En su programa mínimo político, ustedes piden la distribución justa y equitativa para toda clase de impuestos. En el Distrito Federal, uno de los candidatos del PAN aboga por un programa en que se disminuyan los impuestos. En su opinión, ¿qué cambios deben hacerse en los impuestos? ¿Debe aumentarse el impuesto sobre la renta?

JBT: En mi concepto, no puede ni debe aumentarse eso; por el contrario, debería privar la tendencia de rebajarlos, porque, por el camino del aumento del impuesto, en todos los aspectos se llegaría a la doctrina comunista en el aspecto económico, para que el capital vaya a parar al Estado. Soy contrario a eso, como soy contrario a todos los aspectos comunistas. Y resumiendo la lucha entre ustedes, los americanos y Rusia, no es otra cosa que la lucha entre dos capitalismos: el capitalismo con libertades de ustedes y el capitalismo de Estado de los rusos.
JW: Sin libertades.
JBT: Antes que estar con el capitalismo de Estado, estoy con el capitalismo de ustedes, de libertades.
JW: ¿Favorece usted el fomento y el establecimiento de cooperativas de consumo?
JBT: Evidentemente, porque tiende a fortalecer la tendencia de que el consumidor obtenga los productos indispensables para la vida al menor precio.
JW: ¿Qué opina usted de que, por medio de la CONASUPO, el gobierno actualmente está tratando de equilibrar los precios?
JBT: Creo que es una tendencia muy favorable para todos los países, porque tiene un fondo práctico de humanismo. En mi concepto, la tendencia de la CONASUPO es llegar hacia la unificación de ciertos precios que son favorables al consumidor, que son los pueblos de todas estas naciones.
JW: Esto también favorece a pequeñas cajas regionales de crédito de cooperativas. En su programa mínimo político, usted habla de la necesidad de precisar los límites de la intervención del gobierno en las actividades de la nación, por ejemplo en el sistema bancario. ¿Qué quiere decir con esto?
JBT: La intervención del gobierno en el sistema bancario nacional, en mi concepto, no es censurable. Por el contrario, dada la forma en que se venía haciendo, en que se imponían los intereses a los préstamos y a los créditos en forma desorbitada, siendo que el dinero que manejan los bancos es producto de los depositantes, y ese mismo dinero lo prestaban los bancos al que pedía créditos a un interés muy alto. Entonces el beneficio era únicamente para esos banqueros. Hoy, con la intervención de una oficina, que se llama Nacional Financiera, y de otra, que se llama Comisión Nacional Bancaria, se ha venido restringiendo eso, al grado de que ahora tiene más protecciones el solicitante de crédito, no le pueden cobrar los bancos el interés que quieran cobrarle. Antes eso era según la necesidad del que solicitaba el crédito.
JW: Sobre el problema agrícola, ¿favorece usted el aumento en el número de ejidos, o cree usted que la pequeña propiedad sea mejor para resolver los problemas agrícolas de México?
JBT: En un principio creímos que el ejido vendría a favorecer al trabajador del campo, pero los resultados nos indican que no fue la forma apropiada

la que se siguió al integrar el sistema ejidal. Por lo tanto, soy partidario de la pequeña propiedad.

JW: Bueno, general, quisiéramos darle las gracias por la entrevista que nos concedió.

JBT: Me ha sido muy grato tener una entrevista con ustedes, dignos representantes de la Universidad de California.

Frente a la Revolución Mexicana (17 protagonistas de la etapa constructiva), vol. III, se terminó de imprimir y encuadernar en agosto de 2002 en los talleres de Impresores Aldina, S.A., Obrero Mundial núm. 201, Col. Del Valle, 03100 México, D.F. El tiro fue de 1,000 ejemplares. Formación: Ofelia Rivera González. La edición de la grabación original de las entrevistas de Salvador Abascal, Luis L. León y Jacinto B. Treviño, estuvo a cargo de Jorge Sánchez Casas.